La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 16 de febrero de 1891 — Núm. 477

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ALDEANA ESLOVACA, cuadro de Stuhlik

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La fiesta de la Candelaria. – *La Palestina*, por el Dr. Stapfer. – La Presentación y la escuela pictórica veneciana. – *Thermidor*; la revolución francesa erróneamente juzgada; fin del Terror; el drama de Sardou. – Meissonier.

I

Cada mes registra una festividad religiosa en el calendario nuestro, á la cual van unidas muchas festividades profanas. Y las primeras, las capitalísimas, las fundamentales fiestas aparecen siempre aquellas que se consagran á la Virgen María. Desde su Concepción en diciembre hasta su muerte ó Asunción en agosto, ¡cuántos festejos, á cuyo esplendor litúrgico en la Iglesia se juntan tradicionales costumbres en el hogar, llenas de poesía y encanto! Mi abuela designaba con antelación grande cómo se había de comer y de vestir en cada fiesta, según ritual familiar de sus antepasados recibido, y puesto en observancia, como el eclesiástico bajo la liturgia secular, bajo el poder de su matriarcado incontestable. Carnestolendas pedían el arroz en costra muy suculento, como apercibido á preparar con sus grasos ingredientes vigilias y ayunos y penitencias A la Semana Santa se comían los potajes de hierbas con las empanadas de pescado. Celebrábase la vespertina procesión de Corpus con una horchata de almendras fría, que aún saboreo tras diez lustros de no haberla bebido como aquélla. La fiesta mayor traía siempre aparejados muchos bollos, muchísimas confituras, innumerables golosinas, amén del arroz y gallo muerto. Pues el mes de febrero tiene su festividad correspondiente, la Presentación al templo de María. Llámase por su nombre vulgar Candelaria, porque se reparten candelas. También suelen repartirlas allá en mi tierra por Semana Santa. Pero gran diferencia entre las candelas verdes del Tenebrario y las candelas blancas de la Candelaria. Mi abuela usaba las verdes en cuanto cualquier eléctrica nube tronaba fuerte, y las blancas en cuanto iban de parto sus hijas. El mes de febrero se halla unido á la Candelaria como el mes de diciembre á la Concepción, como el mes de marzo á la Encarnación, como el mes de septiembre á la Natividad, como el mes de agosto al Tránsito y á la muerte de María. ¡Cuál hermoso libro pudiera escribirse historiando la relación de todas estas festividades religiosas con el desarrollo histórico de las bellas artes cristianas! Cada escena descrita por el Evangelio respecto de María, cada relato de antiguas tradiciones referentes al ser é historia de la Virgen Madre hanse cuajado en obras de arte bien hermosas, que abrillantan la corona de nuestra Humanidad. Así el doctor Stapfer ha publicado nueva edición de su libro *La Palestina*, en que busca y describe las huellas en el suelo de nuestra madre celestial.

II

Detengámonos ante los valles y pueblecillos donde nació María, y detengámonos con recogimiento y religiosidad. Nazareth lo merece todo. Aquella Babilonia de Semíramis con sus jardines colgantes y sus palacios guardados por colosos de pórfido; aquella Memphis de cien puertas donde Isis tendría quizá templos de mil columnas; aquella incomparable Alejandría de Cleopatra, que iba despidiendo, como enjambres de zumbadoras abejas, ideas divinas, jamás produjeron ser alguno, para el bien de la humanidad tan indispensable, como esta Virgen Madre María, tierna, modesta, humilde, sencilla, destinada en los designios providenciales á renovar la vida moral, y renovando la vida moral, á rehacer el género humano y redimir de la esclavitud al mundo. Los viajeros como Stapfer, que han recorrido Palestina con espacio y con verdadera ciencia, refiérennos cómo Nazareth se conserva hoy tal cual estaba en tiempo de Jesús. Las ciudades, objeto de codicia para el conquistador, sufren enormes invasiones y se alteran bajo la inundación terrible de los tiempos en cambios incesantes y continuos. Pero estas aldehuelas, perdidas como humildes nidos en los abandonados recodos de un valle, al pie de colinas nunca holladas por guerreras plantas, entre ignorados espacios, acaban por salvarse y por conservar su fisonomía, preservadas, merced á la virtud misma de su modestia, cual Pompeya y Herculano bajo las lavas del Vesubio, merced á su preservación del aire y del sol. Nada encontraréis ya en Jerusalén de lo que había, ni en tiempo de los profetas, ni en tiempo de Jesús. Alejandro, las ufanadas dinastías seleucidas, Pompeyo, Vespasiano, Tito, el árabe unas veces, el mogol otras veces, el mismo cruzado, hanle traído más catástrofes que los terremotos removedores del suelo. Pero Nazareth, apenas poblada por cuatro mil habitantes en el siglo primero; desconocida por completo de Josepho, que no la menciona en sus historias; olvidada por el Talmud mismo, tan prolijo y minucioso; á veinticinco leguas de Jerusalén, á nueve horas de Capharnaum, yacía feliz en su ignorancia y su obscuridad. Por eso puede verse todavía el camino que las plantas de Jesús hollaran, el sitio donde tuvo su taller de carpintero, la colina desde cuya cumbre oró mil veces, y la fuente en que María tomaba el agua para su hogar á diario en el ánfora, volviéndola llena y erguida sobre su armoniosa cabeza. También Renán visitó hace años, en compañía de su hermana, este privilegiado sitio, y lo describe como Stapfer. El aire le pareció vivísimo, el clima salubre. La población ofrece de suyo, con sus casas semejantes á viejos aljibes, un aspecto modestísimo, cual suelen todas las pequeñas poblaciones de Oriente. La desolación de Palestina no alcanza, no, á este sitio de habitantes felicísimos y de huertos verdes. La fuente aquella reunió en tiempo de María todas las muchachas de la población, que iban allí á escanciar el agua. Antonino Mártir, citado por el mismo Renán, refiérenos que los tipos de sus mujeres, todas ellas medio sirias, tenían una belleza tal, que de común acuerdo las gentes piadosas en el siglo VI la imputaban al nacimiento y presencia en aquel sitio de María, quien legó como vínculo hereditario gracia y belleza de consuno á sus amadas convecinas hasta la consumación de los siglos. Dice también el gran escritor francés que desde la hoya donde Nazareth está, el cielo es muy estrecho; mas así que subís á cualquiera de las vecinas alturas y miráis por todas partes, entreveis los valles del Jordán, las altas llanuras de la Perea esmaltadas por las reverberaciones de un cielo candente, las tierras de Siquem realzadas por las sacras figuras patriarcales; á un lado aquel Thabor, comparable á blando hermosísimo seno y que parece rotonda esférica de lapislázuli; á otro lado el Carmelo, despidiendo incienso de poesía y reverberando el sol en su cono abrupto que toma tintes de ópalo, esmeralda, zafiro, y rubí, según las refracciones de los rayos solares en sus aristas; y allá, tras las cordilleras de Safed, el golfo de Raifa, cuyas aguas, confundidas á la simple vista con el aire, presentan una línea imperceptible azul, tan celeste como todas las que dibuja y colora el Mediterráneo en sus espléndidos horizontes, dignos por cierto de aquellas almas que volaban al impulso de sus brisas y se sumergían en los resplandores de su éter.

III

Pero vamos á los festejos de la Presentación, que litúrgicamente caracterizan este mes de febrero, y estudiemos las obras artísticas sugeridas por su glorioso recuerdo. Ana y Joaquín, muy cumplidores de las antiguas leyes, presentaron al templo su hija María; pero antes de la presentación debió proceder Ana, en observancia y cumplimiento de los ritos sacros, también á la purificación. Los pueblos meridionales han menester mucho de cuidadosa limpieza. Y la observan con escrupulosidad. No hay sino ver los encalados pueblos de Andalucía, cuyas casas á la continua se blanquean, y las frescas barracas de Valencia, que respiran alegría y limpieza. Los grandes legisladores orientales, con especialidad los dos de origen semítico, Moisés y Mahoma, prescriben hasta en sus menores minuciosidades, no solamente una exquisita limpieza, indispensable á la salud, sino también los medios y procedimientos para conseguirla y conservarla. Necesitaban así las mujeres, después del parto, purificarse para ir á los templos. Y purificada con todos los ritos designados por las leyes Ana, presentó al templo la Virgen María. Esta presentación ha inspirado á muchos artistas; pero los dos, en mi sentir, más felices, son dos venecianos: el Carpacio y el Ticiano. Todo el mundo conoce las condiciones que tiene la pintura veneciana. El esplendente mar Adriático, la hermosísima laguna de San Marcos, las múltiples cintas de sus canales verdes ó azules; aquellos arenales materialmente cubiertos de nácares, de conchas, de coral, con los que compone la naturaleza mosaicos antes de componerlos los artificiosos sus artífices; el áureo color de los bancos y de los escollos cubiertos con violáceas algas; los jardines que parecen surgir de las aguas y flotar á las brisas; aquellas iglesias de mármoles y jaspes que bogan y navegan tornándose á una etéreas entre los resplandores descendidos de un cielo claro y rebotados por el Mediterráneo más claro todavía; los palacios circuídos por las góndolas que parecen negros y airosísimos cisnes; tantas columnas de pórfido, tantos bajo-relieves de mármol; aquellas ágatas relumbrantes como pedrería; los frontones asiáticos, las rotondas esclavonas, las torres de rosáceos matices, las velas pintadas de azafrán, por tal modo se imponen á sus hijos, los soberanos artistas, que los diríais pintando, no con la espontaneidad propia del arte, con sujeción á una liturgia tan rigurosa como lo fueron en su tiempo las liturgias del Asia. Por tanto, en aquellos cuadros Nazareth se parece á Venecia por el esplendor de los monumentos; y en el sitio donde pasan estas pobres y modestas escenas judías óyense crujir los brocados, chocarse las copas de oro y cristal, sonar los conciertos de clásica moderna música y las estancias y los versos de nuestras representaciones dramáticas en aquella especie de nave, donde se habían aglomerado los despojos de todos los mares conocidos á la sazón en toda la redondez del planeta. Tales artistas no pintaban las escenas históricas, pintaban las escenas religiosas. Mas vestían á las mujeres del Evangelio como pudiera vestirse la Lucrecia Borgia de Ferrara ó las Fóscaris y los Capelos de Venecia. En todos sus cuadros hay algo del cristal esmaltado, del mosaico multicolor, de la flora isleña, del Lido y del mar Adriático. La presentación al templo de María tiene todos estos caracteres; en los lejos el cielo espléndido, en los términos de tercer orden los monumentos venecianos con sus intercolumnios de mármoles maravillosos; en los términos segundos aquellos senadores, con sus túnicas de púrpura, y aquellos gentileshombres con sus gorros cubiertos de plumajes, y aquellas damas enrubiadas artificialmente, pero vestidas y ornadas con todas las joyas y todas las preseas del Renacimiento; y en primer término una escalinata que conduce al templo, en el promedio de sus escalones la niña María resplandeciente con su nimbo de luz y vestida con su túnica de color del cielo, y en lo alto los sumos sacerdotes con sus vestes y sobrevestes, con sus coronas y sus mantos, sus luengas barbas y sus luengas rozagas, los cuales parecen, después de haber envejecido en las piraterías de lejanos mares, colocados, como los ídolos sobre las aras, ellos, legión de reyes, sobre los tronos de la incomparable Venecia. Recordamos todos estos monumentos del arte moderno para corroborar nuestra tesis de que la Virgen es numen primero y casi único de toda la pintura cristiana.

IV

Bajemos de cielos tan altos á otras esferas, que podríamos llamar los infiernos del arte y de la historia. Victoriano Sardou acaba de dar al Teatro francés un drama histórico, rayano en melodrama fantástico. Lo denomina *Thermidor*, fecha célebre, primero por señalar la interrupción del terror revolucionario, tan dañoso á la República y á la libertad francesas; después por señalar la reacción, forzosa consecuencia de tanto y tanto crimen como trajeron consigo por necesidad las catástrofes anejas á toda profunda renovación social y á toda guerra, tanto civil como extraña. Entra tan diestro dramaturgo en el número de personas vulgares muy creídas de que, no la revolución solamente, la política está cultivada en el mundo por verdaderos pillos de oficio. No hace mucho que puso en escena *Rabagás*, una especie de *Talstalff* político, en quien quiso pintar á Gambetta, en-

negrecido adrede por el influjo alcanzado sobre nuestra edad, cual si no fuese tal influjo, á costa de sacrificios y martirios en una vida completamente devorada por el trabajo y el combate. Así le daba como un tufo de reacción el nuevo drama dichoso en las narices al público. Sardou ha sobrepuesto á su criterio propio, nada certero en materias históricas por su escasísima competencia, el criterio de Taine, harto competente, pero muy equivocado. ¡Fenómeno singularísimo! Este gran escritor, Taine, que mira y estudia con empeño los influjos del medio ambiente, cual ahora decimos, en obras tan personales como las obras de arte y poesía, todas intuitivas é inspiradas por una Musa interior á quien llamamos genio, no reconoce lo mismo allí donde las circunstancias imperan soberanamente con verdadero despotismo, en política. Mucho han extraído Víctor Hugo y Zorrilla del tiempo en que nacieron, del espacio donde se criaran, de las personas y sociedades circunstantes alrededor del genio suyo; pero dejadlos en la Isla de Robinsón enteramente solos, y cantarán, porque despiden odas, al beso de la inspiración propia, ni más ni menos que despiden oxígeno las plantas al beso de la luz Por lo contrario, todo consumado estadista, el que huellas más indelebles de sí haya dejado en el tiempo y en el espacio, poco, muy poco, modifica una sociedad, hecha, de igual guisa que nuestro planeta, por los siglos de los siglos, por generaciones de generaciones, por sucesivas creencias cuajadas en costumbres y tradiciones, á despecho é independientemente de su voluntad. Necesítase no haber saludado la historia para ignorar que así como hubo un cristianismo natural antes y alrededor de Cristo, hubo un cesarismo social antes y alrededor de César. Los organismos y las especies proceden allá de fuerzas etéreas en las cuales entran hasta las nebulosas; los estadistas y su política proceden de apartadísimas edades confinantes con ese protoplasma ó germen de la sociedad que se denomina prehistoria. Y ver en Calderón, por ejemplo, tan genial, todo cuanto le rodea, y no verlo en Robespierre, tan sometido á la necesidad, paréceme absurdo. El uno crea, el otro encuentra la sociedad creada, y nunca la obedece más que cuando se alza orgulloso á su cabeza y toma en apariencia la dirección suprema. Cosa difícil un Papa hereje, y cosa imposible un político superior á su sociedad y á su tiempo. Luego ¡cuánto en su política influyen las más accidentales circunstancias! Si en una encrucijada os encontráis cualquier asesino, ¿qué remedio sino matar ó morir? Si en un gobierno y á la cabeza de un Estado, con una guerra os encontráis, ¿qué remedio sino batallar y sucumbir ó vencer? Podrían imputar exclusivamente á la revolución el terror, si no hubiese acompañado este mal enorme á todas las crisis humanas. Fundación de las religiones, paso de unos tiempos á otros, victoria de la monarquía sobre los señores feudales, predominio del pontificado, libertad necesaria de la humana conciencia, descubrimiento de América, régimen parlamentario en Inglaterra, régimen republicano en Holanda, ¿cuál de tales obras puede llamarse pura é incruenta? Toda idea se condensa entre lágrimas y sangre, como nace para la muerte y el dolor toda criatura. Querer, cual quieren Taine y Sardou, condenar la revolución mirando sólo á sus crímenes, os haría condenar las instituciones todas sin excepción, pues ni una sola conozco yo que no esté manchada, y muy manchada, de sangre.



EL TOQUE DE ORACIÓN, cuadro del Sr. Ferrer Pallejá

V

Pero el empeño de algunos en decir que para ser demócrata precisa cargar en la conciencia con los crímenes de la revolución, paréceme un desvarío, como si para ser católico se necesitase cargar en la conciencia con los braseros del Santo Oficio y con los horrores de las guerras religiosas. Desvariados, locos, aquellos que se van á silbar como Lisagaray en el teatro porque Sardou anatematiza los jacobinos, ó aquellos que hacen de la revolución un gran todo, como Constant en la tribuna, y le ponen por símbolo esencialísimo la torpe y sangrienta guillotina. Así, no puedo alcanzar yo cómo y por qué han prohibido el drama. Ya los tiempos del terror están muy lejanos, para que nacido ninguno pueda padecer en su honra por aquello que hicieron en el furor de los combates y bajo la invasión extranjera sus agredidos bisabuelos. Pues qué, ¿nosotros, al ver nuestra patria invadida, no apelamos á todos los medios de defensa y especialmente al hierro y al fuego? Ved que mientras el invasor venía sobre la patria de los franceses, muchos entre los presos, guillotinados luego, cooperaban al mayor y más espantoso de todos los crímenes imaginables, á la terrible invasión. El drama de Sardou comienza cuando la invasión cede allá en las fronteras y el terror en la capital. Pero la mano fuerte de Robespierre todavía lleva la dictadura en el puño y sostiene como un verdadero instrumento de dominación y tiranía la guillotina en París. Mas va repugnando tanta horrible carnicería, por aquella sazón, á la capital, enferma del horror causado por las matanzas. Así, las furias, que pedían cabezas, van desapareciendo. Las ventanas, que se abrían al paso de las fúnebres carretas, van cerrándose como por mano misteriosa. Los verdugos, tras la horrible matanza, van detestando la sangre, como suele detestar el vino quien cae por su desgracia en borrachera fugaz. Hasta los calores, muy fuertes por aquella sazón, al horror general contribuyen, pues teme todo el mundo que la matanza envenene los aires y los aires envenenados difundan horrible peste. Por una conjuración de circunstancias, toda la sangre parece condensada en los ojos de Robespierre, á quien podríamos llamar el Terror hecho carne y hueso. Por consiguiente, alguien cree que, hiriéndole á él, se acaba la matanza. Y hay que buscarlo en su madriguera, en su Convención. Una frase fulminada sobre su frente, como las frases que fulminó él un día sobre la frente de los girondinos y de los dantonianos, podría sin remedio perderlo. Así, en cuanto uno le dice tirano, y no lo mata, el muerto es Robespierre. Y en efecto, le dicen el calificativo y le obligan á defenderse. Quien se defiende así, después de haber ofendido tanto tiempo á los otros, está perdido. La Convención, los clubs, las sociedades revolucionarias, que le habían obedecido tan servilmente, lo persiguen, lo hieren, lo atormentan, y por último lo llevan á la guillotina, para que remate su cadáver, como un símbolo siniestro, el terror revolucionario.

VI

El protagonista de la obra dramática es un actor, Labussiere, que ha pasado á la Historia por su piedad inolvidable durante los últimos días del horrible terror. Empleado modesto en las oficinas inquisitoriales del comité de Salvación pública, dedicábase, con riesgo de sí mismo, á traspapelar expedientes, para defender y salvar en aquel naufragio social á sus conciudadanos la vida. Muy pagado el buen hombre de su oficio, prefería, entre las víctimas, á sus cofrades y compañeros, los cómicos. Todas las mañanas pasábase por el río, y so pretexto de pescar á caña, sumergía, no lejos de un puente y de un lavadero mayores, los procesos homicidas en el agua fluvial. Embargado por tal caritativo esfuerzo, la mañana de Thermidor dase repentinamente de manos á boca el piadoso artista con antiguo amigo, el soldado Marcial. Constreñido éste por la conscripción militar al ejército, y del ejército al combate, ha vuelto con licencia temporal á París desde las fronteras, y se ha encontrado con la muerte de una vieja pariente, á quien había confiado la custodia de su joven prometida Fabiana, que con toda su alma quería y la llevaba sobre su corazón como elegida y ya inseparable compañera. Buscándola día y noche no pudo con ella tropezar, aunque creyó entreverla junta con las lavanderas en aquel sitio, por lo que de nuevo lo visitaba en tal sazón y hora. El cómico le dice al militar que perteneciendo, como pertenece, al partido viejo de la monarquía y de la iglesia su novia, bien puede mirarse mucho con lo que hace y mucho precaverse contra los que le rodean, pues la ley Prairial, promulgada por el tirano Robespierre con meditado maquiavelismo en propia seguridad, aterra los humanos como un fuerte ciclón los árboles. Y en estas óyese un tumulto de lavanderas, muy subvertidas contra una de las que allí lavan, por verle manos demasiadamente delicadas para el oficio y una crucecilla de Cristo á la garganta. Es Fabiana. Las lavanderas quieren perderla; pero el cómico la salva diciéndoles como es la novia de Marcial, allí presente, quien acaba de verter la sangre propia en el combate de Fleurus por Francia y la República. Vanse los felices á casa de una honradísima familia, encargada del vestuario de los teatros, donde guarda y deposita el novio á la novia para casarse con ella honradamente. Pero en la primera entrevista la novia declara sin rebozo á su amante que ha entrado en comunidad religiosa, tanto más amada cuanto menos segura, y no puede unirse á ningún mortal por haber contraído matrimonio indisoluble con Cristo. Una escena muy conmovedora sigue á esta declaración tan triste para Marcial, en que representa la revolución, éste dando sus derechos á la naturaleza ingenua, mientras Fabiana al régimen antiguo monárquico y eclesiástico contrariando á la naturaleza con artificiales votos y engañosas palabras. Por fin el amor lo vence todo, y Fabiana promete cambiar la celda monástica por el hogar nupcial. Pero el terror, más intenso cuanto menos próximo de su cenit, bate los últimos oleajes, y vuelca la revolución de nuevo por París. Al momento mismo de partirse Fabiana y Marcial para contraer matrimonio en Bruselas, ebria turba los detiene y conduce á la infeliz á los calabozos de la Con-

serjería, donde le aguardan la carreta, el suplicio, la guillotina. Son las últimas horas del tirano, y con sólo detener un día el brazo de la fatalidad, todo está salvado. Labussiere le promete á Marcial con seguridad la vida de Fabiana. Mas para esto necesita sustituir la causa de Fabiana con otra causa y enviar nueva víctima en lugar de la designada por los furores populares al verdugo. El procedimiento sugiere horror verdadero, á causa de una sencilla observación: la de que todos tenemos la obligación de salvar la vida de un ser amado, arriesgando la propia vida, pero no la vida de los demás. Sin embargo, trátase de una pobre obscura muchacha perdida, y Labussiere la sustituye, creyendo hacerla pasar por la religiosa. Pero llega en estas la noticia de que la Convención se ha subvertido contra Robespierre; y caído éste, ha cesado el terror. Mas el taimadísimo jefe de la República todavía se defiende, y en el espacio entre la defensa y la derrota, lugar hay para que las víctimas designadas al verdugo caigan en sus manos. Aquí al terror trágico se une la horrible ansiedad que lo recrudece y lo agrava todo. La monja es á muerte condenada. Y mientras ella está condenada, Robespierre casi está, por su lado, agonizante. Un retardo cortísimo puede salvarla. Para conseguirlo del tribunal revolucionario, Labussiere aconseja con sumo celo á Marcial que aduzca la virgen pudorosa una excepción, la de hallarse encinta. Fabiana se niega por completo á este recurso, que mancha su honra, y sube con valor á la carreta, encarándose con su novio y diciéndole cómo el honor femenil obedece á un código más estrecho todavía que el honor militar. El novio se lanza sobre la carreta con ánimo de retenerla, y un guardia lo mata de rápido pistoletazo. Tal es el drama. Yo no he visto su representación; pero conozco al autor, y en verdad os digo que habrá muchas situaciones dramáticas de primer orden; pero alma y poesía del alma, poquísima; é ideas propias, casi ninguna. Sardou es una máquina de forjar complicadísimos artefactos á que denomina él dramas.



Fig. 1. Extremo del lago Biwa, en el Japón, y origen del canal de Kioto-Fu

VII

Ha muerto Meissonier. Y digámoslo con verdad: ha muerto un pintor. Muy circuído por teatrales artistas el maestro, se refugió en una tan ingenua naturalidad, que parecía verdadero pintor flamenco. Yo no digo que tal naturalidad resulte siempre, como resulta en Velázquez, la verdad misma; pero sí digo que resultan las realidades externas musas de los pintores, cual Meissonier, verdaderamente realistas, como resultan las realidades internas musas de los pintores idealistas, cual Angélico. Así como David crece dentro de la República y del primer Imperio, dejándonos sendos cuadros, que conmemoran dos hechos tan dispares como el juramento de los diputados en su Trinquete de Versalles y la consagración de Bonaparte por el Pontífice al pie del ara en la catedral de París, Meissonier nos ha transmitido la impresión dejada por soldados y tipos imperiales en los ojos de las generaciones nacidas durante los triunfos y las glorias del Imperio. Generales, tambores, rancheros, guardas, todo ha pasado desde las historias á sus lienzos. Y cosa tan enorme como los fragmentos de la epopeya napoleónica, quedó encerrada en cuadritos donde parecen sus héroes tan pequeños como los actores en el teatro, mirándolos con anteojos ó gemelos invertidos. Hay una coincidencia extrañísima entre los cuadros de Meissonier y las cancioncitas de Beranger, preciosidades, preciosidades, preciosidades; pero no los cíclicos monumentos, necesitados para expresión de la epopeya imperial. Cuando yo veo las napoleonidas figuras de la carga de caballería, me dan tentaciones de ponerlas en un abanico de Wateau; como cuando escucho las poesías bonapartistas de Beranger, me dan tentaciones de acompañarlas con una guitarra de Andalucía. Y en el abanico de las damas preciosas no caben las conquistas, como la guitarra sublime de las serenatas melancólicas no se compadece con los combates y con los asedios y con los sacos y con los exterminios, que piden la trompeta del Juicio. Víctor Hugo fuera el poeta de la conquista por su genio apocalíptico; pero Dios lo entregó á la libertad. Napoleón pedía una Capilla Sixtina, donde lo hubiera pintado el siniestro Miguel Angel, seguido del hambre, del saqueo, del incendio, del exterminio, entre ruinas y muertos. Un cuadro de Meissonier es demasiado bonito para empresas tan desmedidamente horribles. Pero no puede negarse la brillantez de aquella multicolor paleta, la realidad viva de los animados grupos que dibujaba, las caricias que hacían á los ojos sus matices, la corrección del dibujo, y los profundos estudios del modelo, por lo que permanecerá toda la vida entre los verdaderos maestros. Alma con aleteos de mariposa, bien puede asegurarse que siempre se posó en los arbustos y vió siempre todo lo pequeño con exactitud. Así, deben ser llamados perlas sus cuadros por lo chicos, por lo brillantes, por lo preciosos, por lo caros. El comenzó á convertir en riqueza contante y sonante la pintura con sus precios extraordinarios y sus ganancias locas. De aquí una escuela sobrado llamativa para encantar los ojos vulgares y atraer á los comerciantes potentados. El arte adscrito á la Iglesia y á la monarquía de otros tiempos aún trazaba personajes eternos, como el Carlos V de Ticiano, y aún tenía por espacio el cielo infinito de una tradición espiritual, como las Vírgenes de Murillo y los penitentes de Zurbarán. Pero este arte industrioso de los pintores sobrado negociantes, con mucho mérito, con acabada ejecución merced á suma destreza, con colorido brillante, siempre nace algo enteco, por engendro del egoísmo, propendiendo á no cansar con lo grande y lo ideal y lo hermoso las almas de gentes agobiadas por las combinaciones del cálculo y metidas en el potro de los bufetes. Muchísimas figuras ha trazado Meissonier para el exclusivo recreo de sus adinerados compradores, pero con eso y con todo, preciosas y duraderas figuras.

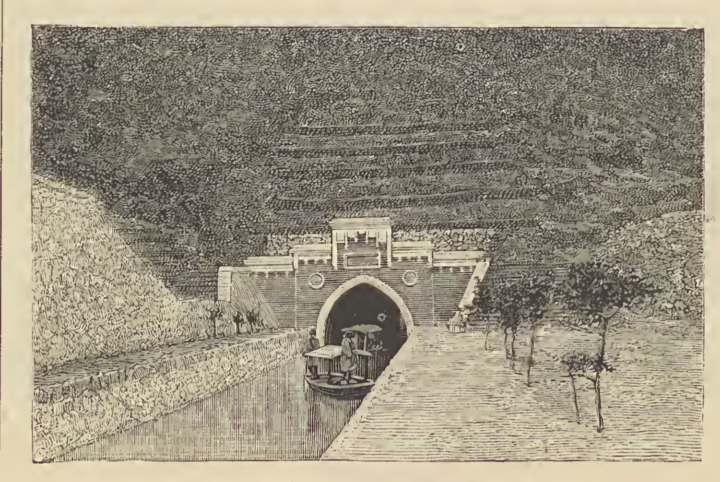


Fig 2. Entrada del túnel principal en el canal de Kioto-Fú, en el Japón

EL CANAL DE KIOTO-FU
EN EL JAPÓN

El suelo del Japón aparece ya surcado por caminos de hierro y su población entra cada vez más en las vías de la civilización europea. Este movimiento, consecuencia de la revolución de 1868, se extiende á las obras públicas de toda clase; pues al par que se continuaban las primeras líneas férreas abríase, entre otros, un canal de navegación destinado á poner en comunicación el lago de Biwa y la bahía de Osaka, en donde está emplazada la antigua capital del Japón, la ciudad de Kioto. Los trabajos, comenzados en 1885, terminaron á fines del año pasado, habiendo sido dirigidos por el ingeniero M. S. Tanabe.

No es el único objeto del canal de Kioto-Fu crear una vía navegable que ponga en comunicación con el mar el interior del país; sino que, además, proporciona saltos de agua para alimentar las fábricas de Kioto, las aguas necesarias para el riego de los arrozales y las empleadas para la distribución de la ciudad. Arranca ese canal del extremo sudoeste del lago Biwa, el más importante del Japón, cuya superficie es de 800 kilómetros cuadrados y cuyo emplazamiento está á 84 metros sobre el nivel del mar y dista 56 kilómetros de la bahía de Osaka. Como ésta se comunica ya con Kioto por medio de un canal, el de Kioto-Fu viene á unirse á este último después de recorrer 11 kilómetros y de salvar una diferencia de nivel de 43 metros entre sus extremos.

El lago termina en una llanura pantanosa (fig. 1), en la que se ha abierto la trinchera de origen, protegida por diques longitudinales que reconducen á ella las aguas en casos de avenidas. Después de esa trinchera, cuya longitud es de unos 100 metros, empieza el canal propiamente dicho, de 5'70 metros de anchura en su fondo por 1'50 de profundidad en una longitud de 540; entonces llega el primer túnel, practicado para franquear la cordillera de Nagarayama, cuyas longitud, anchura y elevación son de 2.500, 4'80 y 4'20 metros respectivamente. El agua alcanza una altura de 1'80 metros en el zampeado. Ese túnel ha sido perforado en muy variados terrenos, tales como arcilla, esquistos, asperones y pórfido, y está enteramente revestido de muro y bóveda de ladrillo; su construcción se ha llevado á cabo por medio de un pozo de trabajo de 45 metros de profundidad, abierto en el eje de la obra en el tercio de su longitud por el lado Oeste. En el extremo de aguas arriba hay varias compuertas que permiten asegurar al canal un caudal de 8'5 metros cúbicos por segundo. La figura 2 representa la boca de esta obra.

A la salida del túnel el canal se extiende á cielo abierto en una longitud de 4.500 metros, ya en desmonte, ya en terraplén, ya al flanco de los ribazos, y para llegar á la concha de Kioto atraviesa la cadena de las colinas de Hino-okayama por medio de dos túneles de secciones y construcción iguales á las del primero, cuyas respectivas longitudes son 123 y 841 metros. La tracción en los túneles debe efectuarse con ayuda de una cadena sumergida.

En la boca de salida del túnel n.° 3, á unos 8.400 metros de su origen, el canal se divide en dos ramas: la primera, destinada á servir de vía navegable, tiene una pendiente de 0'066 por metro en una longitud de 540 metros, formando un verdadero plano inclinado que los barcos recorren tirados por un cable puesto en movimiento por el salto que proporciona la otra rama. Al pie del plano inclinado, el canal se ensancha hasta 18 metros en el fondo con una profundidad de 1'50, y enlaza por medio de una esclusa con el canal de la bahía de Osaka, después de recorrer una distancia de 2 kilómetros.

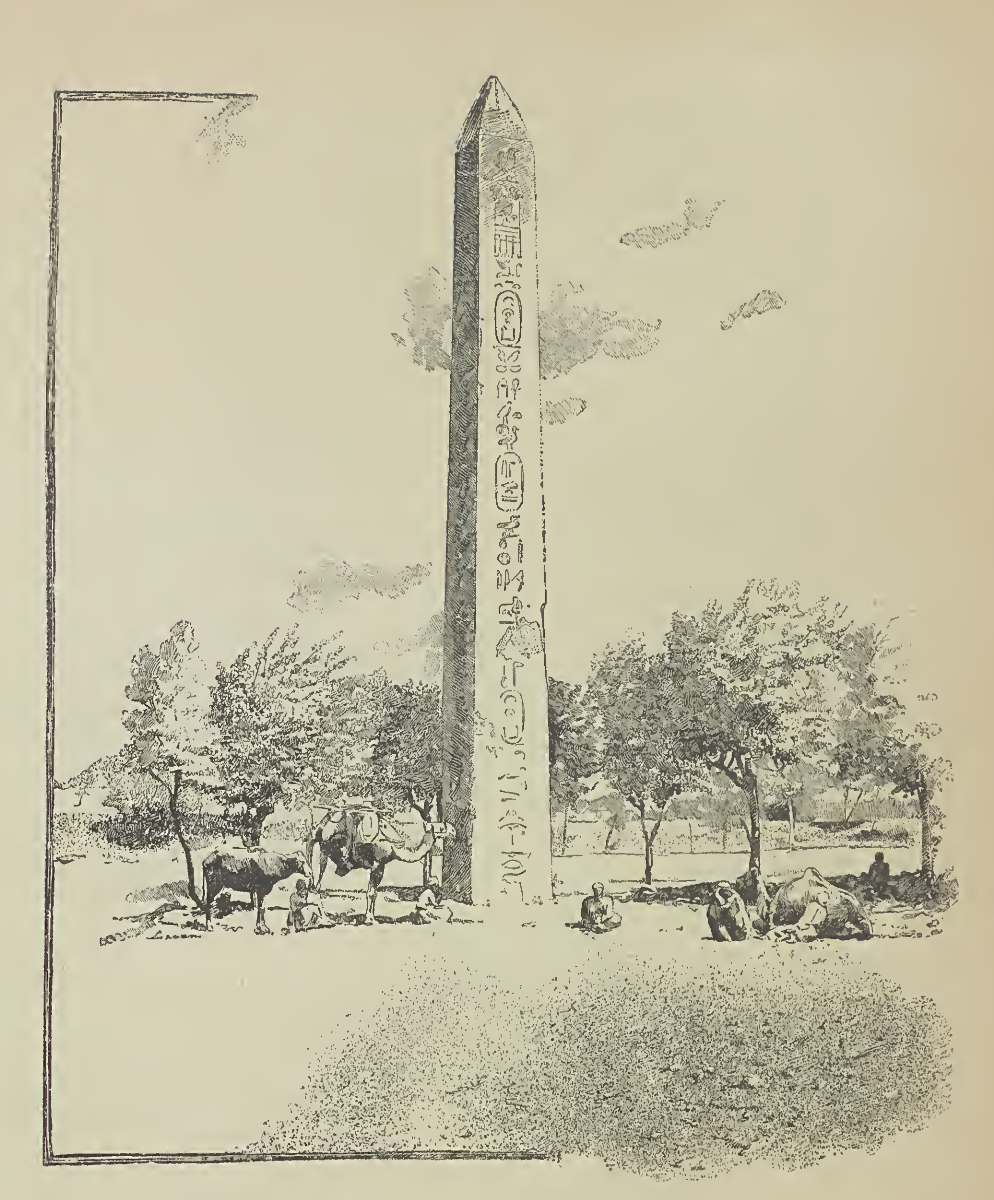


Fig. 3. Puente-canal sobre el valle de las Tumbas de los Emperadores en el Japón

La segunda rama atraviesa un pequeño túnel, cruza el valle de las Tumbas de los Emperadores sobre un puente de 14 arcos (fig. 3) y llega á Kogawa, arrabal septentrional de Kioto, después de un trayecto de 8 kilómetros: su pendiente es más considerable que la del canal principal, de cuyo caudal sólo deriva 1'400 metros cúbicos por segundo. Los 7 metros cúbicos restantes pueden ser empleados para la producción de fuerza motriz bajo un salto de agua



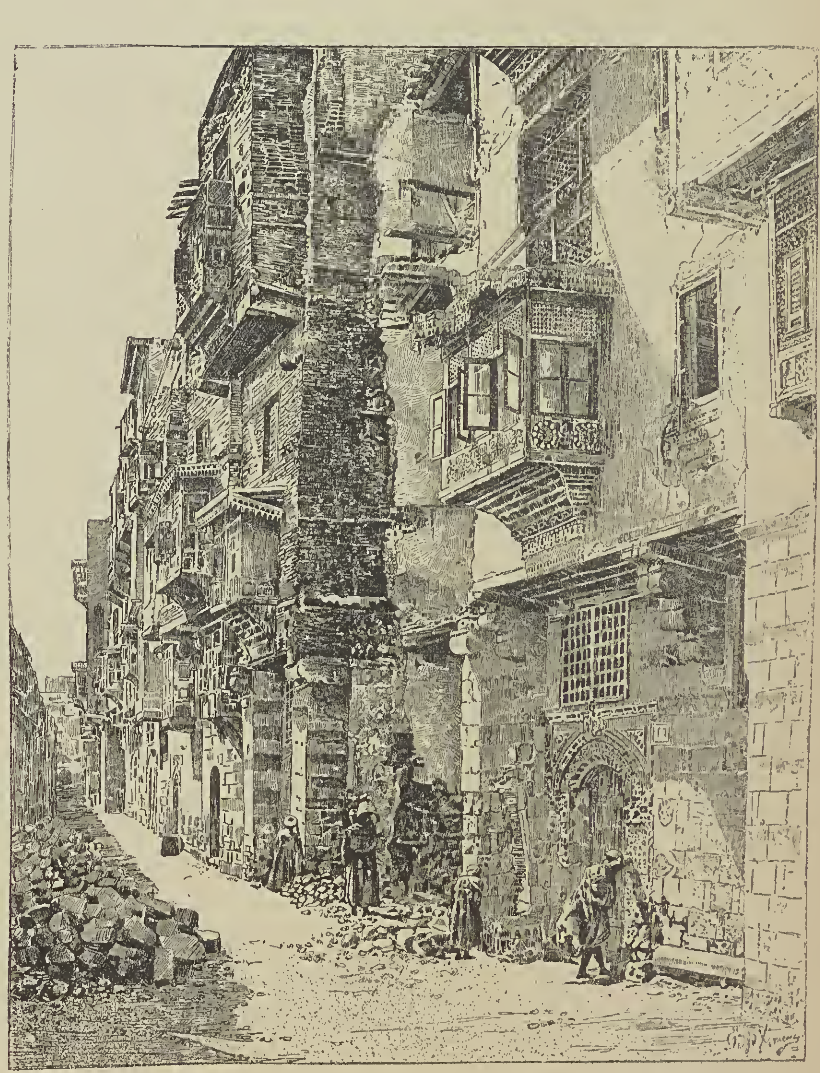
Tumba y mezquita de Kaid-Bey



Antiguo obelisco fuera de la ciudad



Casa árabe



Una calle en el Cairo

Vistas del Cairo. (De fotografías de F. Bonola-Bey.)

de 36 metros, existiendo el proyecto de utilizar una parte de la misma en el punto de bifurcación y en la cumbre del plano inclinado por medio de una instalación hidráulica que hará funcionar algunas máquinas eléctricas.

El coste total de esa obra ha sido de cinco millones de pesetas: de esta cantidad, una tercera parte ha sido facilitada por el Tesoro imperial, una cuarta parte por el gobierno central y el resto por varios impuestos.

EL REY LUIS I DE BAVIERA

ESTATUA INAUGURADA EN LA WALHALLA

En la rica corona de creaciones de Luis I, que acredita su grande amor á las artes, la Walhalla es sin disputa uno de los florones más brillantes, y sin contradicción obra de las más exquisitas del señor Klenze.

¡Honor al rey que fundó aquel grandioso monumento de la unidad alemana! ¡Honor al arquitecto que lo ideó y tuvo la dicha de terminarlo!

La Walhalla es el altar de la patria alemana, la morada de los dioses germánicos, la mansión de nuestros héroes y de nuestros patronos. Al nombre de Walhalla se enlaza en nuestra imaginación la idea de todo lo grande en nuestra historia, inclínase de pronto la frente ante ese templo nacional que exhala el perfume de la poesía; los héroes de lo pasado desfilan ante la fantasía, y cada cual se forma aquí una epopeya magnífica; que este es el sitio para inspirar grandes contemplaciones.

A principio del año 1807, cuando Alemania gemía sola y vencida, doblando el cuello al capitán del siglo, que entró en Berlín triunfante y altanero, un joven, ajeno de vil abatimiento, el príncipe real de Baviera, en cuyas venas hervía sangre de alta virtud engendradora, resolvió, para consuelo de la patria, en tan grave afán, en tan amarga pena, reunir en el cielo de un templo, en una Walhalla, los astros de esfuerzo y de fortuna. Augusta idea en cualquier época; más augusta aún en aquellos tiempos: éste hace el mismo efecto, según dice el célebre Dollinger en su discurso necrológico referente al rey Luis I de Baviera, como los senadores romanos que después del desastre de Cannas daban las gracias al cónsul Varro por no haber desesperado de la patria.

La memoria de la grandeza es un fuego vital, es un fuego que el alma encuentra en su naufragio, y entonces más que nunca necesitaba Germania no olvidarse de sí misma, de su nombre, de su dignidad, de su honra, de su genio, de las sombras sublimes de sus héroes, de su libertador, de su numen tutelar, de su Arminio, que fué á la par el Pelayo y el Cid alemán peleando por la libertad y la independencia de su pueblo.

La Walhalla se levanta á orillas del Danubio, aquel río divino que, como dice Garcilaso, el célebre proscrito, por fieras naciones va con sus claras ondas discurriendo, en la cima del monte gemelo de Donausrauf, en la hermosa naturaleza de Ratisbona que, según las palabras de Goethe, debía ser aliciente y reclamo para fundar una ciudad. Verdaderamente que aquí está el corazón de Alemania; aquí, en las inmediaciones de aquella Ratisbona que tiene la gloria de haber dado cuna en una soberbia fonda de emperadores y caballeros, llamada «La Cruz de Oro,» al héroe de Lepanto, D. Juan de Austria, á quien Lope de Vega escribió este epitafio:

Hízome eterno Lepanto:
Mozo he muerto, viejo fuí,
Que al mundo en un tiempo dí
Lástima, envidia y espanto.

La Walhalla, competidora de las maravillas de Grecia, erigida á semejanza del Parthenón, logró feliz remate en 1842, celebrándose su conclusión el día 18 de octubre con una solemnidad que presenció, además del noble fundador el rey de Baviera Luis I, él príncipe Guillermo de Prusia y el príncipe Luitpoldo de Baviera. ¿Quién no llamaría á aquella fiesta, presidida por el más puro entusiasmo, la aurora de una era de gloria y de felicidad?

Hay quien supone que el arte gótico fué llamado á labrar el monumento consagrado á las glorias alemanas. Pero aquí no cincela sus primores la arquitectura gótica con todo su adusto refinamiento, en la elegancia de sus molduras y arabescos, sino el arte de los griegos; éste es el que se encarga de hacer los honores á los héroes de Germania, pues el estilo de nuestras góticas catedrales no parecía corresponder á bustos esculpidos á ejemplo de los griegos y romanos, y además el señor Klenze, arquitecto de la Walhalla, exclusivo admirador de griegos y romanos, desdeñaba las construcciones de la Edad media.

El artista llevó adelante la obra por espacio de doce años, con una actividad que excede á toda ponderación.

Más que la columna de Arminio, erigida en la selva teutoburguesa, es la Walhalla un bosque entero de columnas de héroes, la encarnación del pensamiento más patriótico y más alemán que podría bajar de las gradas del trono, la eternización monumental de la suma de perenne valor interno que tiene el pueblo teutónico desde Arminio hasta nuestros días; encerrando aquel templo, único en su género, 101 bustos de mármol y 64 tablas conmemorativas, 80 príncipes y héroes, 11 estadistas, 8 prohombres de la fe, 29 sabios, 20 artistas, 9 poetas y 9 mujeres.

Ya se han realizado también estas palabras que un viajero escribió en el álbum de los extranjeros: «¡Oh Walhalla, ahora creo la gloria de Luis; día vendrá en que él también tendrá aquí su morada, y entonces él será tu mayor gloria!»

En 1886 las cámaras bávaras acordaron la cantidad de 30.000 marcos para que se erigiese la estatua del gran rey de Baviera en la Walhalla, saliendo vencedor del concurso el eminente estatuario de Munich Fernando de Miller, que en mármol de Italia, aquel país en que maduraban la mayor parte las creaciones ideales de Luis de Wittelsbach, representara al gran Mecenas del arte cual señor de la Walhalla, cual presidente de la asamblea más ilustre, de un Senado de héroes, sentado en un trono, vistiendo una toga antigua, apoyado en dos leones poderosos, é inclinándose un poco adelante como si quisiera saludar á sus consocios inmortales.

El 25 de agosto de 1890, el 105 cumpleaños del ilustre finado, celebróse la entrada triunfal de Luis en su Walhalla, que con magníficos versos neo-latinos cantó mi amigo el inspirado poeta Adolfo Pernwerth de Barnstein.

Salió de todas las gargantas un grito inmenso cuando se abrieron con estrépito atronador las puertas de bronce, entrando en el templo consagrado á las glorias germanas el único príncipe que había sobrevivido á la inauguración de la Walhalla, el príncipe regente de Baviera Luitpoldo, hijo de Luis I, acompañado de los príncipes y de los duques de Baviera, entre los cuales mencionaré al primogénito del regente, al príncipe Luis, al príncipe Luis Fernando que se dedicó al arte de Hipócrates, teniendo por esposa la hija de la reina doña Isabel II de Borbón, doña Paz, la celebrada poetisa española, y al duque Carlos Teodoro, el famoso oculista que tiene una ayudanta en su consorte angelical.

Yo que me he propuesto grabar una Walhalla germánica en los corazones españoles y que aprendí á pronunciar el glorioso nombre de Walhalla cuando apenas sabía hablar las palabras balbucientes del cariño, no podía menos de asociarme con toda mi alma entusiasta á los homenajes tributados al fundador inmortal de la Walhalla de piedra, ese paladión de Alemania. Como representante, aunque humilde, de la prensa, ocupaba yo un puesto en una de las logias del sagrario germano. Al entrar en éste, presentábase á mis absortos ojos un espectáculo encantador: vi seductoras griegas formando grupos pintorescos, pareciendo aquellas hermosísimas mujeres hijas de Píndaro. Eran, oí, hijas del dios del canto, pero su cuna había mecido el Danubio alemán. En unión de dieciséis cantantes vistiendo asimismo el clásico traje helénico entonaban aquellas lindísimas muchachas griego-alemanas un himno al entrar el regente, acompañado de su séquito brillante, concluyendo aquel cortejo de príncipes y de ministros unos sesenta alcaldes campesinos que recordarán siempre la amabilidad con que les hablaba el príncipe regente en aquel recinto sagrado.

Pero nada me ha conmovido tanto como esta escena producida por la explosión del entusiasmo artístico y del amor filial. El regente, después de haber visto con embeleso profundo la bellísima estatua de su padre, se acercaba al estatuario el señor de Miller, estrechaba sus manos y le besaba una, dos, tres veces, como si fuese su amigo, su hermano. Amo á aquel emperador que honraba al Ticiano alzando sus pinceles, pero amo aún más al generoso regente que, inspirándose en los sentimientos de su padre, tan apasionado de las artes, dió un beso fraternal al artista, el rey en el hermoso reino del arte.

Ya está en su casa el noble rey Luis I. Y cuando en el silencio de la noche, plateada la luna, y sus compañeras las estrellas, brillando cual regados diamantes, derramen sus rayos sobre la Walhalla, despertarán los inmortales, los socios todos, para rendir homenaje á su protector, mientras las victorias bajan de sus zócalos y depositan guirnaldas á los pies del rey cuyo nombre, envuelto en glorioso nimbo, transmitirá á las generaciones venideras el monumento imperecedero de su fama, la Walhalla.

Juan Fastenrath

SECCIÓN AMERICANA

ORIGEN DEL NEGRO, EL ROJO Y EL BLANCO

POR WÁSHINGTON IRVING

(Leyenda seminole)

Cuando erigieron los Estados-Unidos en territorio suyo la Florida, uno de los primeros cuidados de su Gobernador, M. Duval, fué atender con singular empeño á la civilización de los indígenas. Y para conseguir mejor sus benéficos propósitos, convocó una junta de jefes y les participó que su *Abuelo* (1) de Wáshington deseaba, con anhelo verdaderamente paternal, establecer en el país escuelas dotadas de buenos maestros para que difundieran entre los indígenas las luces de que gozaban los blancos.

Escucharon en silencio los congregados, y con la compostura y recogimiento que suelen, las razones expuestas por M. Duval en un persuasivo discurso, y después de oirle alabar y encarecer las ventajas que reportaría una medida tan filantrópica y meritoria, nada más dijeron sino es pedir veinticuatro horas para deliberar maduramente acerca del negocio antes de darle respuesta.

Vino en ello muy de su grado el Gobernador, y al otro día, reunidos de nuevo los de la víspera, se levantó uno de los jefes indios, y después de pedir la venia á M. Duval, le dijo de esta suerte, hablando en nombre y como procurador de todos los suyos:

«Hermano: Hemos discutido entre nosotros acerca de la oferta generosa que ayer nos hiciste de parte de nuestro *Abuelo* de Wáshington, prometiéndonos establecer en el país maestros de primeras letras que nos enseñen lo propio que á los blancos; y no sin agradecer cuanto merece tan buen deseo y la voluntad que muestra por nosotros, hemos convenido y resuelto, por acuerdo unánime, no aceptar el favor con que nos brinda, pues no basta que una cosa parezca y sea buena entre los hombres blancos para que siente y se acomode lo mismo á los hombres rojos. Porque aun cuando se nos dice y repite á cada momento que así los unos como los otros descendemos igualmente del mismo tronco, por ser hijos de los mismos padres, replicaremos que, á nuestro parecer, no están en lo cierto los que así hablan, y para que mejor te persuadas de la verdad de nuestra creencia, oye las razones en que se funda, basadas en una tradición de mucha cuenta para nosotros.

»Es el caso que, cuando el Gran Espíritu comenzó la obra de formar el género humano, hizo primero al negro, el cual fué por esta causa su ensayo, vamos al decir; y aunque resultó imperfecto, no será bien culpar á su autor de negligencia ó de torpeza, antes debemos alabarlo, pues con salir como salió, ya da idea del hombre tal cual lo concebía en el fondo de su pensamiento. Poco tardó el Creador en descubrir los defectos de su obra, y no nada gustoso con ella, se propuso poner en ejecución otro ensayo. Así lo hizo, en efecto, y resultó el hombre rojo. Pero aun cuando éste le plugo más que no el negro, como todavía no le satisfizo, he aquí que volvió el Gran Espíritu á trabajar en la manufactura de la humanidad, resultando de sus esfuerzos el hombre blanco al tercer ensayo, y quedando entonces contento. Por esta causa fuisteis vosotros lo último que hizo el Creador, y con esto queda explicado asimismo por qué te llamo mi hermano menor.

»Cuando hubo hecho el Gran Espíritu los tres hombres, los llamó á su presencia y les mostró tres cajas.

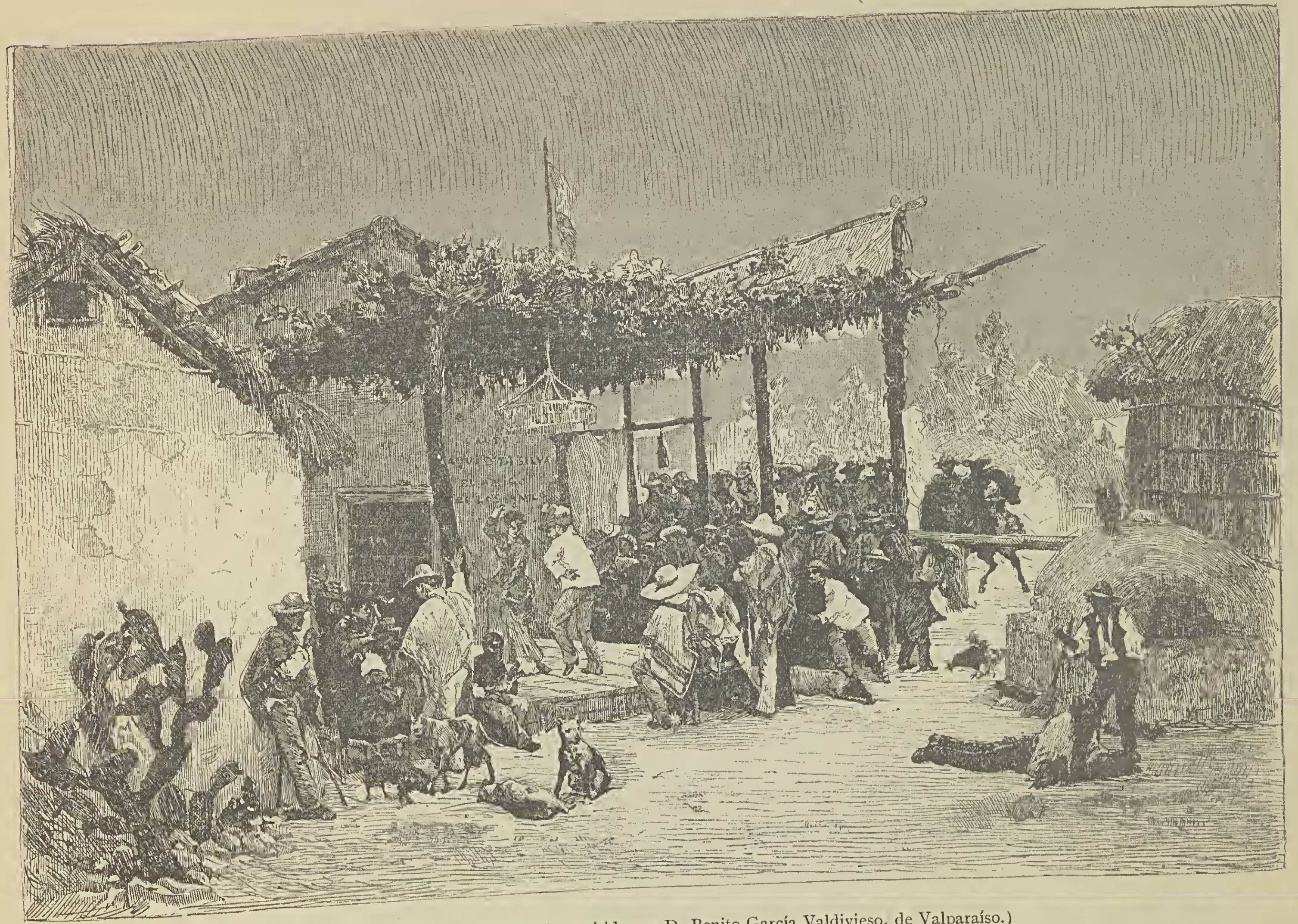
»La primera estaba llena de libros, mapas y papeles manuscritos; la segunda de arcos, flechas y cuchillos de monte, y la tercera de instrumentos de labranza.

»Estos objetos, les dijo, son los medios por los cuales habréis de ganar vuestro sustento. Escoja, pues, cada cual según su gusto.

»El blanco eligió primero, por ser el predilecto. Miró con sonrisa desdeñosa la caja de los instrumentos de labranza, y se detuvo á contemplar la que contenía las armas de caza y guerra, examinándolas atentamente. El hombre de la piel roja tembló entonces, porque había puesto su corazón en aquella caja; mas quiso su estrella que, después de considerarla, siguiera el blanco adelante y tomara para sí la de los libros y papeles. Hecho esto, el hombre rojo asió sin más tardanza de la caja de las armas y corrió al bosque vecino con ella. Dicho se está que, no quedándole al negro qué escoger, hubo de conformarse con las herramientas.

»De lo cual se infiere claramente que ya estaba previsto en los designios del Gran Espíritu que apren-

(1) Así llaman los indios al presidente de la república de los Estados Unidos.



LA ZAMACUECA. (De una fotografía remitida por D. Benito García Valdivieso, de Valparaíso.)

diese á leer y escribir el hombre blanco para saber y entender de todo, incluso fabricar aguardiente y *whiskey;* que fuese cazador de oficio el rojo y guerrero temible, pero que no aprendiese cosa ninguna en los libros, puesto que tampoco se los dejó, ni que hiciera *whiskey*, para que no se matara con la bebida; y en cuanto al negro, que pues no había en su caja sino herramientas de trabajo, debía emplearlas en servicio del blanco y del rojo, cosa que hizo y sigue haciendo á la hora esta.

»Por lo que á nosotros respecta, entendemos que así hemos de sujetarnos, como el negro, á nuestro destino, por ser esto lo más prudente y discreto, en razón á que sometiéndonos á los designios del Gran Espíritu, no le contrariamos, y alejamos de nuestras cabezas por tal modo el castigo que nos impondría desobedeciéndole.

»De mí sé decirte que si el saber de letras es bueno para los blancos, es perjudicial en sumo grado para los rojos, pues labra en daño de éstos cuanto á los otros aprovecha.

»Bien claramente lo publica el suceso digno de memoria de aquellos creekes y cheroqueses que se tornaron en los peores enemigos de los indios, sus hermanos, cuando aprendieron á leer y escribir; como que se partieron á Wáshington, diciendo que iban á visitar al *Abuelo* y á tratar con él de asuntos relativos á la prosperidad de los suyos, y cuando llegaron allí trazaron en un pedazo de papel ciertos signos, indescifrables para nosotros hasta que se presentó en nuestro campo un agente, y mostrándonos el papel nos dijo ser aquello un tratado que nuestros hermanos habían hecho en Wáshington con el *Abuelo* en nombre de la tribu. Y como aún no entendiéramos qué cosa eran tratados, para explicárnoslo mejor, lo levantó con ambas manos, y entonces vimos que cubría una grande extensión de territorio, y supimos luego con sorpresa y dolor que, por ser letrados, celes dieron los nuestros los hogares, las tierras y hasta los sepulcros de sus padres á los blancos, los cuales sólo por ser letrados lo adquirieron todo, ganando éstos cuanto perdimos nosotros á virtud de las mismas artes...

»Di, pues, á nuestro *Abuelo* de Wáshington que no debemos, ni queremos, ni podemos admitir su oferta de darnos maestros que nos enseñen á leer y escribir, pues harto sabemos por dolorosa experiencia que tanto aprovechan las letras al hombre blanco cuanto perjudican al hombre rojo.»

TRADUCIDO POR JUDERIAS BÉNDER

ZAMACUECA Y VOTOS

(RECUERDOS DE CHILE)

Nada más gracioso y entretenido que unas elecciones en la República Chilena. Un periodista criollo hasta la medula, y *salao*, valgan verdades, tanto como el que más, José Román Vial, escribió una piececilla titulada «Una votación popular,» y era cosa de perecer de risa contemplando aquellos tipos admirablemente descritos y aquellas escenas tomadas del natural, con toda la *chicha* y el *ají* (guindilla) que destilaban las producciones del escritor cáustico.

Los *rotos* (plebe) chilenos son lo más socarrón y taimado que Dios crió, y nadie llega jamás á comprenderlos, por lo cual vuelven tarumba y acaban por marear de veras al que pretende conquistarlos.

Es perfectamente explicable que en América se haga política de personalidad y no de ideas. Las leyes del Estado escritas están en la Constitución, y á no ser que un golpe de sable paralice los efectos del código político, como éste no puede alterarse, quédase la designación de jefe para los hombres ilustrados que llevan y traen á las masas según tienen maña ó dinero para conquistarlas. A fuer de narradora veraz, diré que el pueblo en Chile no ha tenido grandes motivos de hacer alardes políticos. Vivió largos años en paz, con mandatarios probos, que procuraron el adelanto de la nación, y no ha sido su erario expoliado por vividores de oficio. A un pueblo que logra tal dicha, puede dársele un bledo de que mande Juan ó de que mande Pedro.

Es indudablemente por esto por lo que el *roto* se erige en soberano cuando las elecciones se aproximan, y procura maliciosamente sacar el mayor provecho de su *calificación*, ó papeleta, que decimos en España.

Cuéntanse casos curiosos de *rotos sabios* que engañan á las mesas votando varias veces con *calificación* y hasta con traje distinto; algunos salen apaleados y maltrechos de los colegios, porque los *eñores*, como ellos dicen, los tienen tan conocidos que andan con cien ojos y no son bastantes.

Cuéntase de un *roto* que se presentó á votar con papeleta falsa: le habían dicho que se llamaba Juan Fernández, pongo por caso; pero se habían olvidado de advertirle que era presbítero de profesión.

Tomaron los de la mesa la *calificación* y le preguntaron:

– ¿Cómo te llamas?

– Juan Fernández, *eñor*.

– ¡Pero *roto* sin vergüenza, si aquí dice presbítero!

¡Cualquiera supondrá que el hombre quedó anonadado ante el descubrimiento de la farsa!

Pues no, señor: deglutió saliva, cerró y abrió los ojos arqueando las cejas, engalló el busto y dijo con admirable desparpajo:

– Es que, *eñor*, soy Fernández por mi *paire* y Presbítero por mi *maire*.

¡Y no fué jolgorio el que se armó en el colegio electoral!

De mí sé decir que hasta le hubiera hecho diputado por la gracia.

Faltaban tres ó cuatro días para unas elecciones, y un amigo que tenía muchísimo gancho para conquistar *rotos* y muchas *chanchas* (pesetas) para pagar los votos, me invitó á un paseo campestre. Se trataba de sumar papeletas en favor de un amigo y se las prometía felices del paseo. Iríamos á un baile de *Enramado*, en donde se reunía la gente del campo, y allí verían los contrincantes cómo se cautivaban voluntades.

Era domingo, y al trote duro de magníficos caballos del país, hermosos y de gran estampa, pero más propios para tiro que para silla, nos encaminamos al merendero de Silva, «el amigo de los amigos,» como rezaba el rótulo con que el *chichero* famoso daba el alto á sus parroquianos.

Cuando llegamos había una *remolienda* de mil diablos y una de *gofetás* que á cualquiera le podía arder el pelo: el motivo era el siguiente, y lo consigno porque ciertos episodios dan á conocer el carácter de los pueblos más que todas las descripciones.

Un *roto* se había llegado humildemente al mostrador pidiendo *medio* de pan y dos onzas de *quieso*.

Una vez que le fué servido lo que pedía, quedóse mirando el queso y el pan, y después de darle algunas vueltas dijo, reflexionando con aire fingidamente estúpido:

– Me quisiera hacer el favor, amigo, de cambiarme por *chicha* el pan y *el quieso?*

– Vaya el cambio, respondió el «amigo de los amigos,» poniéndole delante los vasos de *chicha* correspondientes al importe de lo pedido, y no pagando anteriormente.

Bebióla el *roto* saboreándola, y limpiándose los labios con la punta del *poncho* dijo, disponiéndose á salir:

– Vaya, pues, amigo, quede con Dios.

– Atienda, *compairito*, ¿y no me paga la *chicha?*

– ¡Amigo, bueno hombre! ¿Y ya no le he *pagao* con el *quieso* y el pan?

Ni las protestas ni las razones del *chichero* pudie-



PEQUEÑOS PESCADORES, dibujo de A. M. Rossi

EL BAUTIZO, cuadro de D. Salvador Viniegra. - Exposición de Munich, 1890

ron convencer al *roto* ladino, que seguía haciéndose el *leso* (cándido), hasta que se armó la de apaga y vámonos de cachetes y pescozones.

Llegamos nosotros en tan críticos instantes, y se apaciguó la refriega, gracias á la generosidad de mi amigo, que abrió la bolsa para convidar á todos los presentes.

El lugar de la fiesta era una especie de plazoleta delante de una casa de adobes, cubierta con tejas y paja.

Debajo de una enramada artificial, sujeta con postes, de los cuales también pendían cortinas para resguardar del sol el salón de baile, alzábase como una tercia del suelo un tablado sólido, en donde los bailadores pudieran libremente requebrar sus cuerpos, al compás de arpas y vihuelas, emparejadas con el tablón del *cajeo*, acompañamiento indispensable en el baile nacional chileno.

Sentábanse á un lado del tablado músicos y *cantaoras*, y hacia ese lado apiñábase la *jiente* mirona, acaso porque allí habían algunas *huasitas* (aldeanitas) picarescas y *diablas* que trastornaban á los *huasos* (campesinos) con sus miradas incendiarias.

No todos eran *rotos* los parroquianos de Silva, pues que entre éstos se veía algún *huaso* de categoría, con su gran sombrero, su poncho de vicuña, sus polainas de cuero y sus grandes espuelas de rodaja de plata.

Unos cuantos perros y algunas aves de corral hacían consorcio amigable con un *roto* borracho que tendido en el suelo se resistía á levantarse: otro *roto* viejo, encargado de recoger cáscaras de sandía y otras inmundicias, porque el «amigo de los amigos» era hombre muy limpio, pretendía convencer al borracho encaminándolo á su casa; pues el ver así una *presona tomada* (borracha), decía no había de ser muy del gusto de las *eñoritas* y de los *caballeros* que habían *yegao*.

En desierto predicaba el barrendero, porque el *roto*, harto de *bebía*, continuaba mascullando disculpas llenas de salero y de lógica beoda, que no deja de ser á veces incontrovertible.

Respaldado en la pared, arrimado á un palo y arañándose á las pencas de una *tusia* (higuera chumba) contemplaba otro viejo la escena, sonriendo y apurando el *pucho* de un puro (colilla) que acababa de tirar un *huaso* rumboso que sentado en un banco rodeaba con su brazo el cuerpo de una *huasita* trigueña de apretadas y largas trenzas; y para que nada faltase al cuadro, sobraban unos cuantos chiquillos sentados unos y danzando otros entre perros y gallinas.

Echamos pie á tierra invitados por mi amigo el muñidor de votos, que deseaba darse el gustazo de que le viésemos desplegar sus habilidades catequizadoras.

Después de hablar con unos y con otros brindándoles amistad además de veinte pesos por cabeza el día de la elección, todo esto remojado con sendos vasos de *chicha* que la concurrencia trasegaba en un abrir y cerrar de ojos. sacóse entusiasmado el fino poncho, quedándose arrogante y gracioso con su chaquetilla blanca, su sombrero de anchas alas arremangado de atrás y un poco caído sobre la nuca.

El elegante habíase convertido aquel día en *huaso* rico, para mejor impresionar á la gente de campo, vistiendo como ella se viste.

–¡Buenos *pinganillas* estos!, dijo el viejo que chupaba el *pucho* de puro: cuando quieren algo, *toos* se vuelven *rotos*.

Llama la plebe en Chile *jutres* (de futre) á los elegantes; pero el año cuarenta y uno llegó á Chile un hombre que exhibía varios animales, entre ellos una mona, *Dulcinea*, y un mono, *Pinganilla*; ¡y vayan ustédes á saber qué relación encontrarían los *rotos* entre el mono y los lechuguinos! Lo cierto es que desde entonces son los elegantes *jutres* y *pinganillas* indistintamente.

Mi amigo, metido ya en harina, no se paró en barras, y una vez libre del poncho para mejor echar *guaras* (hacer requiebros) á la pareja, fuese á buscar una mocita que con el rabillo del ojo miraba al *jutre*, quién sabe si muerta porque la eligiese por compañera.

Comenzaron los compases de introducción de la zamacueca, alegres y retozones de suyo, capaces de poner en ebullición la sangre más pastosa, y se cuadraron los jóvenes uno frente á otro, seriecita ella y animado él, como á las circunstancias convenía.

En la concurrencia notóse un movimiento de algazara, y cada cual soltó su dicho picante y preparó palmas, para jalear con entusiasmo á los bailadores si se portaban como quienes parecían, es decir, como *jiente* de *grasia*.

Comenzó la copla chillada por dos *cantaoras*, roncas ya de tanto jipear y cantar, y por cierto que no puedo menos de copiarla; es digna de reproducción por lo disparatada:

De las aves que vuelan
me gusta el *chancho* (cerdo);
de la fruta del campo
las empanadas.
Porque las esperanzas
nunca se pierden.

Todo esto con ¡ayes! quejumbrosos, intercalados según las exigencias de la música, y con gritos y jaleaduras equivalentes á nuestros *olé* y *tu mare* de la flamenquería.

A la mitad de la letrilla aparecieron dos apuestos jinetes, caballeros también de la ciudad, que acercándose á la valla que cercaba el sitio de la *remolienda* gritaron:

«¡Aro! ¡aro! Tomen un trago y empiecen de nuevo.»

Los bailarines hicieron alto, como es de rigor, para tomar dos vasos de *chicha* que les presentó un *jutre* de nuestra comitiva, en nombre de los recién llegados, que continuaban á caballo.

Terminado que hubo la *cueca*, acercóse mi amigo á los caballeros, y saludándolos alegremente les dijo:

– Llegaron tarde, amigos; todos son míos.

Los caballeros volvieron grupas; pero no aseguro yo que no se quedasen á medio camino, aguardando que nos marchásemos, con la sana y electoral intención de jugar una mala pasada al que les había tomado la delantera.

Si los *rotos* fueron fieles ó no á los veinte pesos y á la *chicha* de mi amigo, no puedo asegurarlo; pero éste ganó la votación, y la ganó bailando, como él decía, y echando *guaras* á la mocita *remoledora* (jaranera) del *Enramado* de Silva.

EVA CANEL

EXPOSICION GENERAL DE BELLAS ARTES
DE BARCELONA

El Excmo. Ayuntamiento constitucional de Barcelona, teniendo en cuenta las reiteradas peticiones que á la comisión organizadora de la Exposición general de Bellas Artes han dirigido gran número de artistas españoles y algunos del extranjero solicitando una prórroga de admisión de obras que les permita concurrir á nuestra Exposición y á las que simultáneamente se celebrarán en París, Berlín y Munich, ha acordado acceder á lo solicitado, fijando irremisiblemente para la admisión de obras desde el día 1.° al 10 de abril próximo, y para la fecha de la solemne apertura y cierre de la Exposición el 23 de abril y 24 de junio respectivamente.

Al propio tiempo, la comisión organizadora ha sometido á la aprobación del Excmo. Ayuntamiento diversos acuerdos referentes á la concesión de garantías á los artistas y facilidades para la expedición de sus obras.

NUESTROS GRABADOS

Aldeana eslovaca, cuadro de Stuhlik. – Este joven pintor bohemio, alumno de la Academia de Munich, ha pintado buenos cuadros de género, dedicándose especialmente á reproducir los hermosos tipos de las muchachas eslavas.

Uno de los más interesantes es indudablemente la *Aldeana eslovaca* que hoy publicamos: en él no se sabe qué admirar más, si la belleza de las facciones con elegante pincel trasladadas al lienzo, ó la naturalidad de la actitud sorprendida y copiada con acierto irreprochable, ó el pintoresco traje con suma habilidad dispuesto.

En ésta, como en todas sus composiciones, demuestra Stuhlik ser un pintor concienzudo y poseer aquellas altas dotes que han dado renombre á la joven generación de artistas bohemios, en la que con él figuran en primera línea los Marold, Hyaais, Dvorak y otros no menos justamente reputados.

El toque de oración, cuadro del Sr. Ferrer Pallejá.—El cuadro que reproducimos es, quizás, una de las primeras obras que expone el Sr. Ferrer Pallejá. Joven, muy joven, no tiene otros méritos que alegar que los premios y recompensas alcanzados en las Academias, y la revelación de lo que puede esperarse de sus condiciones y aptitudes, ya que quien como él, en los albores de la vida, en sus primeros empeños artísticos, sabe interpretar tan acertadamente las delicadas combinaciones de la luz, dar relieve y sentimiento, debe concedérsele la confianza de que con el tiempo ha de producir su pincel obras de más importancia y mayor aliento.

Sencillo, pero sentido, es el asunto que ha inspirado al señor Ferrer Pallejá la bellísima composición del lienzo que reproducimos. *El toque de la oración* demuestra que el joven artista no se limita á ser fiel copiador de la naturaleza, puesto que al reproducir sus bellezas, conviértese en poeta, componiendo una sencilla á la vez que sentida estrofa, reflejo de sus sentimientos, recuerdo, tal vez, de impresiones de su niñez.

La situación de los dos únicos personajes, el padre descubriéndose reverentemente al oir el tañido de la campana de la próxima aldea, é inclinando la cabeza al dedicar, agobiado por el pesar, triste recuerdo á la que fué su compañera, y la niña fijando en el cielo su purísima mirada, cual si en él debiera descubrir á su amantísima madre, acusan un sentimiento delicado y especiales aptitudes en el autor, que se avaloran al observar los pormenores que completan esta bella y simpática composición.

Vistas del Cairo. (De fotografías de F. Bonola-Bey.) – *El Kahirah* (la Victoriosa), como se denomina en el lenguaje oficial; *Masr*, *la Madre del Mundo*, según la designa generalmente el pueblo; el Cairo, como decimos nosotros, es sin duda alguna la ciudad más importante de Africa, no sólo por la numerosa población que encierra (374.838 habitantes, según el censo de 1882), sino también por ser capital de un vasto Estado en donde se han desarrollado en todos tiempos, y especialmente en los modernos, sucesos de suma trascendencia histórica. Interesante cual pocas se presenta esa capital á los ojos del viajero, que no se cansa de admirar en ella los incesantes contrastes que al lado de la actual ofrecen los restos de antiguas civilizaciones y aun las huellas de remota barbarie. Al lado de los barrios modernos espléndidos, con hermosas calles bordeadas de árboles, con magníficos jardines y elegantes puentes, con plazas tan notables como el parque de Esbekié, ábrense callejuelas estrechas, lóbregas y sucias que se cruzan en vueltas y revueltas, formando, como todas las antiguas ciudades árabes, intrincado laberinto; y junto á la cómoda y rica vivienda con sus enrejados, miradores salientes y delicados arabescos, ó á la grandiosa mezquita de atrevida fábrica y esbeltas líneas, cuyos bruñidos azulejos de colores y labor primorosos reflejan en mil cambiantes los dorados rayos de un sol ardiente, el angosto y obscuro zaquizamí, en donde el mercader, sentado con las piernas cruzadas, tiene al alcance de su mano y sin moverse de su sitio todas las mercancías á cuya venta se dedica.

Entre los monumentos más notables del Cairo puede citarse la mezquita y tumba de Kaid-bey, que fué construída en el siglo XV y ha sido recientemente restaurada. Su cúpula elíptica, sus paredes cubiertas de bellas mayólicas y ricos mármoles y su alto alminar que puede competir con los famosos de las mezquitas de El-Mayed y de Ashar, hacen de ese templo uno de los ejemplares más perfectos de la arquitectura árabe egipcia.

Fuera de la ciudad álzase un interesante obelisco faraónico, junto al cual suele reposar algún grupo de *fellachs* ó de sudaneses y detrás del que se distinguen á lo lejos sobre la azulada línea del horizonte los picos de las famosas pirámides.

Pequeños pescadores, dibujo de Rossi. – El ejercicio de la pesca, ó sea la esperanza de coger peces, si es que éstos son tan cándidos que se dejen atrapar, tiene poderosos atractivos para los que á él se dedican; casi diremos que ejerce sobre ellos misteriosa fascinación. La pesca halaga el sentimiento de superioridad intelectual que el género humano se atribuye al compararse con las especies inferiores, y este convencimiento, arraigado en la mente, así de los niños como de los hombres, unido al espíritu de destrucción que en tantos individuos la civilización no ha podido aún extirpar, son causa de esa persecución incesante que sufren animales inofensivos como los pájaros y los peces. Menos mal cuando ese instinto destructor se compensa con el otro instinto de conservación; es decir, cuando la caza y la pesca tienen por objeto proveer á la alimentación del hombre; pero cuando tales ejercicios se toman por mera distracción ó divertimiento, los reputamos indefendibles y los estimamos dignos de censura.

Y esta censura sube de punto cuando los que destruyen por el simple afán de destruir son niños como los que tan hábilmente ha dibujado Rossi, que no es de suponer se dediquen á pescar con fines interesados. Afortunadamente para los peces que nadan en aquellas tranquilas aguas, los pescadores no son muy terribles, pues á su edad no es posible guardar la quietud y el silencio, que son los mejores cebos para atraer á los tímidos habitantes de los mares.

El bautizo, cuadro de Salvador Viniegra.– Contaba apenas veinticuatro años de edad el pintor gaditano, cuyo nombre conquistó notoriedad extraordinaria desde su primera aparición pública en el mundo del arte, cuando en la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1887 obtuvo la más alta recompensa por su hermoso cuadro *La bendición de los campos*, del que á su tiempo se ocupó detenidamente LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

No se durmió sobre sus laureles el joven artista, sino que prosiguiendo con afán siempre creciente y con éxito cada vez más lisonjero sus estudios, siguió pintando mucho y pintando bien, y de su estudio salieron cuadros para distintas Exposiciones, en donde llamaron la atención de los inteligentes, conquistando para su autor honra y provecho.

El bautizo que hoy reproducimos fué expuesto el año pasado en la Exposición de Munich, palenque adonde acuden anualmente los artistas de todas las naciones, para quienes es timbre de gloria todo fallo favorable, no sólo del jurado, sino también de la opinión pública de aquella ciudad, emporio de las bellas artes, que ha merecido el dictado de moderna Atenas.

Pues bien: el cuadro de Viniegra cautivó la atención de inteligentes y profanos: los primeros admiraban en él la prodigiosa técnica que acusa en el artista, la riqueza de detalles primorosamente ejecutados y la viveza del color á manos llenas prodigado por quien siente el colorido con toda la fuerza de los mejores pintores del Mediodía; los segundos, sin profundizar en la crítica artística, deleitábanse con la grata impresión que el conjunto en su ánimo producía, y formaban de continuo compacto grupo ante la obra de nuestro compatriota, recreándose en la contemplación de tantas bellezas por Viniegra acumuladas en la típica escena de costumbres españolas, pintoresca como todas las que tienen por actores chulos y majas y exactamente reproducida como concebida y ejecutada por quien, á fuer de andaluz neto, ha tenido cien veces ocasión de verla y observarla y lleva en su alma todos los elementos necesarios para desde Roma, en donde reside, recordarla y sentirla con la misma intensidad con que la viera.

El juicio que *El bautizo* mereció del público y de la prensa enaltece al pintor y llena de júbilo á los que amantes de las glorias patrias nos complacemos en reconocer como una de éstas á Salvador Viniegra.



Rodean á una persona, observó la modista... (pág. 108)

¡IMPOSIBLE!

NOVELA ORIGINAL DE DON FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Anduvo vagando sin objeto por las calles y por los muelles del río. Sintiendo necesidad de aire y de movimiento, había salido de su casa tres horas antes de la en que debía presentarse en la del príncipe Lodiski.

El cielo estaba plomizo, el frío era intenso y comenzaban á caer los primeros copos de una nevada.

Marcial no sentía la influencia de la atmósfera. A veces se paraba en medio de un puente, como para ver los patinadores del Neva; pero en realidad maquinalmente, absorto en sus pensamientos.

«¿Y si la princesa me amase?, se dijo de súbito, deteniéndose bruscamente. ¡Bah, esto no es posible! ¿Y por qué no? Y si no me ama aún, ¿no podrá quizá amarme en lo sucesivo?»

Y Marcial, al contrario de todos los amantes, se estremeció al fijarse en esta idea.

¿Por qué causa? Más adelante la conocerá el lector.

«De todos modos, continuaba pensando Marcial, yo tengo fuerza de voluntad; no traspondré el límite que me he fijado, y si llegan á la princesa las chispas del fuego de mi corazón, entonces... ¡oh!, entonces huiré y con mi muerte terminará todo.»

Una idea prosaicamente vulgar hízole volver á las realidades de la vida. Sintiendo que la nieve humedecía su rostro, miró al piso y pensó en que su calzado podía ensuciarse antes de llegar á la morada del príncipe.

Se dirigió, pues, á ésta apresuradamente; pero como aún faltase una hora para la señalada por aquél, detúvose, y entrando en un café que allí había, se sentó á una mesa frente á un reloj.

Allí oyó dar las doce y media.

Pidió un periódico, mas no pudo leer.

Miraba al reloj, oía el ruido acompasado de la péndola y también los latidos de su corazón.

¡Cosa rara! Hubiera querido detener la manecilla que variaba lentamente de sitio en el horario, y con ella la marcha del tiempo.

Porque Marcial no sólo estaba impaciente como un amante, sino también agitado como el criminal que va á perpetrar un delito.

Por fin sonó la hora.

A la primera campanada del reloj, el joven se estremeció, poniéndose en pie como á impulsos de una chispa eléctrica.

Luego salió del café, y trasponiendo en pocos instantes la distancia que mediaba hasta el palacio del príncipe Lodiski, presentó su tarjeta al portero de la verja del parque.

Este la transmitió al del palacio, y momentos después Marcial se hallaba en presencia del príncipe, que le examinó un tanto sorprendido de su juventud y de la extraña expresión de su semblante.

El príncipe estaba sentado cuando entró Marcial, y continuó del mismo modo. Luego, contestando con una ligera inclinación de cabeza al saludo de éste, dijo, sin ofrecerle asiento:

–¿Ya sabéis el objeto con que os *he mandado* venir.

–Sin duda, contestó Marcial, y he creído un deber de cortesía deciros yo mismo que abrumado de ocupaciones como estoy no me es posible encargarme de una nueva lección.

Y dichas estas palabras, saludó y salió de la estancia, dejando al príncipe estupefacto.

IV

¿Qué causas habían motivado esta súbita resolución de Marcial? Y digo súbita, porque desde el día anterior hasta el momento de presentarse al príncipe, el enamorado joven, si bien después de muchas vacilaciones, determinó acceder al deseo de Elena, lo cual le proporcionaba una dicha que él ni siquiera podía imaginar. Con tal propósito salió de su casa, con el mismo entró en la del príncipe, y atendiendo á estas razones parece inexplicable su conducta.

Tal vez los modales poco corteses del príncipe y su tono un tanto altivo hirieron la orgullosa fibra de nuestro héroe; acaso á estos motivos se unió algún penoso recuerdo.

¿Quién puede sondear el corazón humano?

Lo cierto es que Marcial salió del palacio Lodiski en un estado que renuncio á explicar.

El príncipe, sin darse cuenta de la brusca retirada de aquél, transmitió á su hija las palabras del joven profesor de idiomas y la propuso hacer avisar á otro.

–No, por ahora no, dijo Elena; estos días no tengo gusto para nada.

Y cuando se halló sola inclinó la cabeza, como la flor dobla su tallo al sentir la influencia del ocaso del sol.

Desde aquel día la princesa vivió casi automáticamente. Dejábase vestir, paseaba y asistía al teatro por no contrariar á su padre y con una indiferencia casi estúpida.. Experimentaba los síntomas de esa absorción febril, clasificada por la ciencia, que es la voluptuosidad del padecimiento. La desesperación tiene también su éxtasis, y nada hay más peligroso que el corazón que se resigna al dolor y por consiguiente á la muerte.

Las cosas que pasaban á su vista se la figuraban lejanas, y aunque comprendía el conjunto, no se daba cuenta de los pormenores: era como un sonambulismo triste.

Había en ella, en todas sus acciones y en todas sus palabras, algo de la vaguedad de los cuerpos próximos á disolverse.

–¿Qué tienes, Elena?, decíanla su padre y su aya, que la observaban con inquieta solicitud.

–Nada, contestaba ella; estos días no me siento bien, pero ya pasará.

La princesa era altiva y recta: en su corazón no hubiera hallado cabida el amor desdeñado; pero era el caso que siempre que se asomaba á los cristales de las ventanas de su cuarto (y se asomaba todas las tardes) veía á Marcial pasar ó sentado siempre en el mismo sitio.

Un poco más allá del palacio Lodiski, y lindando ya con el campo, había una tapia que cercaba el patio de una fábrica de fundiciones de hierro, y en esta tapia una puerta, siempre cerrada, con dos asientos de piedra á uno y otro lado. Marcial solía sentarse en uno de dichos asientos, porque desde allí veía una ventana de la habitación de la princesa que daba al campo.

Elena asomábase á los cristales de esta ventana, desde donde veía y era vista por el infeliz joven.

Marcial estaba desconocido: su semblante tenía una palidez espectral, y sus grandes ojos negros habían perdido su inteligente expresión. Andaba con lentitud y como vacilando, y los rosetones producidos por la fiebre coloraban marcadamente sus enflaquecidas mejillas.

Merced á los cuidados de su viejo criado, su traje estaba aún limpio y aseado; pero sus cabellos caían en desorden y su sombrero y calzado hallábanse en completa ruina. El pobre joven había perdido el sentido moral del amor, y no se cuidaba de presentarse ante la vista del objeto amado en aquel aspecto lamentable.

No trabajaba, no daba lecciones: había abdicado la vida.

La miseria comenzaba á devorarle, y á no haber sido por la caritativa solicitud de Mlle. Brian, que en connivencia con Bernardo le engañaban, hubiera muerto de hambre y de frío.

La princesa le observaba desde su ventana y presentía sus padecimientos. A veces, cuando ella se asomaba al cristal, él cruzaba las manos y la miraba

en éxtasis. Entonces Elena se retiraba al fondo de su habitación, y sollozando murmuraba:

«Pero ¡Dios mío! ¿Por qué no querrá venir?»

V

Una tarde la princesa hallábase en cama, ligeramente indispuesta. El príncipe había hecho avisar á Mlle. Brian, y estaba con ésta en la habitación de su hija.

Se aproximaba la semana de Carnaval, llamada en San Petersburgo *la semana loca:* reinaba gran animación en la corte de Rusia, y el príncipe había recibido invitaciones para varios bailes, entre ellos el que debía dar el gran duque heredero en su palacio de Anitchkoff.

Elena, no obstante, no había hecho ningún preparativo, y con este motivo, el príncipe, cada vez más preocupado de la tristeza de su hija, hizo llamar á la modista.

Hacía un frío intenso. Mlle. Brian estaba sentada al lado de una chimenea, en donde ardía un gran fuego, y desde allí hablaba con la princesa, que como sabemos hallábase en su cama.

El príncipe paseaba por la estancia, deteniéndose algunas veces para mirar por la ventana.

Una de estas exclamó:

– ¿Qué sucederá? Se ha formado un grupo de gente junto á la puerta de la fábrica.

– Rodean á una persona, observó la modista, que se había acercado á la ventana; y luego, lanzando una exclamación, añadió: ¡Gran Dios! ¡Es Mr. Marcial!

– Mr. Marcial, dijo el príncipe al oir la exclamación de la modista. ¿Y quién es Mr. Marcial?

– Mi pupilo; un joven español... Le entran en la fábrica. ¡Dios mío! ¿Qué será? ¿Se habrá helado? ¡Oh, señor príncipe!, permitidme; voy á ver qué le ha sucedido. Volveré luego.

– Os aguardo, Mlle., dijo el príncipe; no dejéis de venir Tenemos que hablar. Si necesitáis algo avisad inmediatamente.

No bien hubo salido la modista, el príncipe se acercó á la cama de su hija y hallóla privada de sentido.

Cuando ésta volvió en sí, merced á los cuidados que se la prodigaron, medió entre padre é hija una larga conversación, interrumpida por la presencia de la modista una hora después.

Al verla el príncipe, por medio de un ademán la indicó que no pasara adelante, y dejando á su hija ya más tranquila, condujo á Mlle. Brian á un aposento cercano.

– Lo sé todo, dijo el príncipe ofreciendo un asiento á la modista. Acabo de hablar con mi hija.

– Supongo, señor príncipe, que al hablar de ese modo os refiriréis á Mr. Marcial.

– Sin duda. ¿Qué le ha sucedido?

– ¡Oh! Que empezaba á helarse.

– ¿A helarse?

– ¡Ah! Sí, señor, y á no haber sido por un trabajador de la fábrica, que conoció los síntomas, á estas horas estaría muerto.

– Pero ¿cómo le habéis dejado?

– Ya enteramente bien. Apenas le hicimos entrar en calor, desde la fábrica, en donde le proporcionaron los primeros auxilios, me le llevé á casa en mi coche, y allí le he dejado al lado de un buen fuego, porque no ha consentido meterse en cama.

– Mlle., es preciso que busquemos un medio de animar á mi hija: su estado me inquieta.

– Yo, señor, tendré una satisfacción en contribuir á ello tanto por la señora princesa, cuanto por ese joven digno de mejor suerte.

– Pensemos, pues, Mlle. Según parece, hemos dado con dos caracteres á cual más vidriosos y excéntricos...

La conversación del príncipe y de la modista duró mucho tiempo, y el lector comprenderá el resultado de ella por los sucesos subsiguientes.

VI

Aquella misma noche Mlle. Brian subió á la habitación de Marcial, al cual halló junto á la chimenea, en el mismo sitio en donde le había dejado.

Bernardo, el viejo criado, asustado aún á consecuencia del accidente acaecido á su amo, cuidaba de alimentar el fuego.

A una seña de la modista salió de la estancia.

Mlle. Brian se sentó frente á Marcial.

– ¿Os sentís bien?, le preguntó.

– Muy bien, Mlle.; gracias.

Hubo un momento de silencio.

– Vengo del palacio Lodiski, dijo la modista.

– ¡Ah!, exclamó Marcial.

– La princesa está algo indispuesta.

– ¿Qué tiene?, preguntó Marcial con vehemencia, sin poder contenerse.

– Poca cosa, un resfriado: lo cual no obsta para que se halle en situación grave.

– ¡Oh! ¿Qué decís?, exclamó el joven olvidando el disimulo.

– La princesa tiene una de las peores enfermedades: la del amor contrariado.

– ¿La princesa ama?...

– Sí, os ama á vos.

El joven dió un salto en su asiento.

– Os ama, prosiguió la modista, y vos la amáis;



¿La princesa ama?...

mas yo no sé por qué capricho del uno ó del otro os empeñáis en haceros desgraciados.

– ¡Ah, Mlle!..., exclamó Marcial, y la emoción le impidió continuar.

Entonces la modista le hizo una relación de los sucesos en que ella había intervenido. Esperaba una explosión de alegría por parte de su huésped al saber que los obstáculos entre él y el objeto de su amor iban desapareciendo poco á poco: mas cuál fué su sorpresa al oirle suspirar, limitándose á decir con triste y desalentado acento:

– ¡Imposible! ¡Oh! ¡Imposible!

La modista le miró estupefacto, creyendo que se había vuelto idiota.

Pretendió dar el golpe de gracia, diciendo:

– A consecuencia de lo que os he contado, mañana recibiréis una visita.

– ¿De quién?

– Del señor príncipe Lodiski.

– ¿Del príncipe?

– Sí; vendrá en persona á rogaros que deis á su hija lecciones de inglés.

– ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío!, exclamó el joven con la mayor exaltación. ¡Esto es más de lo que puedo soportar!

La modista comenzó á temer seriamente por la razón de su huésped.

VII

A la mañana siguiente Marcial se hallaba efectivamente en un estado de delirante exaltación.

Mlle Brian, avisada por Bernardo, subió á la habitación de su huésped, á quien halló con el semblante descompuesto.

Apenas reparó en ella, ni la contestó cuando le dirigió la palabra, sino que viendo que Bernardo iba á salir para avisar al médico, le detuvo cogiéndole suavemente por un brazo y diciendo:

– ¿Tú también te vas, Bernardo? ¿También me dejas? ¿Qué te he hecho yo para que huyas de mí? ¿En qué he podido disgustarte? ¿Por qué me abandonas, precisamente hoy, en que he de revelarte un gran secreto? Pero no, prosiguió el desdichado con voz cada vez más animada. Tú eres bueno, me quieres mucho, me has seguido á Rusia para morirte quizá de frío, y vas á alegrarte de mi felicidad, pues aunque hoy estoy triste, no sé por qué, soy feliz, mi buen Bernardo, muy feliz.

Y al pronunciar estas palabras, Marcial sonreía, pero con una sonrisa tan extraña, que hizo estremecerse á Mlle. Brian, que se dejó caer en una silla.

– Mira, continuó aquél, hablando casi al oído á su viejo criado, que le oía con doloroso estupor. No digas á nadie lo que ahora vas á saber. Vinimos á Rusia pobres, muy pobres: ya te acuerdas; tuvimos que vender al pobre Orión en el mercado, como si hubiese sido el caballo de un chalán, y vendimos también la sortija de mi madre y el bastón de mi padre: todo, todo. ¿Qué habíamos de hacer? Era preciso seguirla, verla, adorarla... ¡Ah! ¿Qué te decía yo?... ¡Ah!, sí, te decía que soy rico, muy rico... Ven conmigo, prosiguió tomando de la mano á Bernardo y llevándole á su dormitorio. Quiero enseñarte mi tesoro para que te admires.

La modista siguió á ambos, llena de dolorosa curiosidad.

VIII

Marcial abrió el cajón de una mesa que había al lado de su cama, sacó un rollo de papeles manuscritos, se detuvo á contemplarle con la alegría de avaro, y con el rostro radiante de felicidad dijo:

– ¿Ves, Bernardo? Pues todos estos son billetes del Banco de San Petersburgo. ¡Mira cuántos hay! Representan valores incalculables, más de cuatro millones de rublos, y sin embargo, continuó Marcial, ¿crees que soy un ambicioso vulgar que aprecio estos valores por egoísmo ú orgullo? No, mil veces no. He deseado ser rico para acercarme á *ella*, para rodearla de todos los goces, de todos los prestigios del mundo, para elevarla un altar en donde seré al mismo tiempo el sacrificador y la víctima feliz; pero no creas que *ella* me ama por mis riquezas, sino porque ha comprendido el culto ardiente y sin igual que la he consagrado; porque ha querido hacerme dichoso, porque ha hallado en mi corazón tesoros más valiosos. Atiende bien, Bernardo: voy á contarte mi última entrevista con *ella*. Tú juzgarás si aquella alma puede descender á tan mezquinos deseos. Ayer por la noche la vi en este mismo sitio. Hacía mucho tiempo que la esperaba, para enseñarla como á ti estas riquezas. *Ella* las miró con desdén, y con su voz tan dulce y tan firme al mismo tiempo, dijo, mirándome con altivez: «¿Y es eso todo? ¿No comprendes la felicidad sino en la opulencia?» Yo la interrumpí temeroso, porque hay en *ella* algo que me impone: ¡Alma de mi alma! ¿Por qué me entristeces con esos reproches? En cualquier estado á que me reduzca la fortuna, siempre seré dichoso á tu lado; pero ya que el cielo me ha hecho rico, ¿por qué despreciar sus dones, que podemos emplear tan dignamente? Amada mía, esta noche pasada he tenido un sueño muy agradable que quiero contarte, pues quizá es un presentimiento de los goces que nos esperan. Escucha la relación detallada de tan feliz sueño.

«Era una hermosa mañana de primavera, y al salir el sol bajábamos nosotros por la escalera de nuestra quinta. En el patio nos esperaban muchos desgraciados que te deben su subsistencia; uno te pide que socorras á su madre que está postrada en cama; otro te ruega que nuestro intendente le baje el precio de su arrendamiento en atención á lo escaso de la cosecha; un padre te suplica le adelantes una pequeña cantidad para eximir á su hijo de la suerte de soldado, y todos te rodean confiados; ninguno se dirige á mí, porque saben que yo sólo soy el primero de tus siervos.

»Tú los consuelas y accedes á sus ruegos, y en medio de sus bendiciones llegamos al sitio en donde nos espera la alegre cuadrilla de nuestros monteros y ojeadores. La jauría, al verte, corretea y se acerca á ti saltando; tu yegua favorita piafa de alegría al recibirte en su gallardo lomo, y todos nos ponemos en movimiento.»

IX

Marcial enmudeció un instante, como gozándose en sus recuerdos, y luego prosiguió:

«Momentos después comienza la caza. El monte resuena con el galope de veinte caballos; el placer se retrata en todos los semblantes; se disponen las paradas, resuenan las trompas, se azuza á los perros, que parten olfateando el suelo.

»La caza es una fiesta real, y cuando se hace contra un lobo que ha diezmado los rebaños de las cercanías, es casi un deber; por eso tú, descendiente de

los antiguos czares, amas sus variados lances, sus peligros y su animación; por eso sueltas la rienda á tu yegua, y acompañada por mí traspones las zanjas, galopas por las colinas, enajenada de gozo, olvidando en tu arrebatado entusiasmo que eres la más tierna, la más delicada de las mujeres...

»Amado mío, me interrumpió *ella*, mirándome con ternura, cierto que es un sueño muy hermoso; mas... ¿es preciso que poseamos quintas, jaurías y caballos para realizar los sueños de tu imaginación? ¿No has soñado alguna vez, como yo, con una casita blanca, muy blanca, á la orilla del mar, no lejos de la montaña, oculta como un nido entre los árboles? ¿No has pensado en los goces de una vida solitaria consagrada al amor, en los largos paseos por el monte, aspirando el perfume de la clemátida y de la violeta, viendo el sol de la tarde teñir de púrpura las crestas de los peñascos, oyendo el ruido de las esquilas lejanas ó el canto del leñador? ¿No te has sentado á la orilla del río á la hora de la siesta, á la sombra de los sauces que se bañan en la linfa? ¿No has surcado conmigo las rizadas olas del mar en las noches del estío, en una barca rápida como una gaviota? ¿No has contemplado desde allí la inmensidad de los cielos, el brillo de los astros, elevando tu alma á la grandeza del que los creó tan hermosos? ¿No has arrancado moras de dulce sabor de entre las zarzas de los vallados, ofreciéndomelas después? ¿No me has leído en las noches del invierno los versos de los poetas, hablándome luego de tu cariño en un lenguaje aún más tierno que el suyo?...

»¡Oh, luz de mis ojos!, la interrumpí yo, enajenado de alegría, besando sus manos, aquellas manos que enloquecerían de amor á un artista tan luego como las contemplase. ¿Qué he hecho para merecer tanta dicha, para oir de tus labios esas palabras? ¿Qué voz, qué lenguaje podría expresar el infinito amor que llena mi alma? ¡Ah! Me parece que todas las caricias de la tierra no son suficientes á hacértelo comprender... Yo no me creo digno de ser feliz contigo: quisiera padecer, morir por ti...»

El ruido de una persona que se presentó en la puerta del dormitorio hizo enmudecer á Marcial, que volviendo la cabeza, guardó precipitadamente el rollo de papeles en el cajón de la mesa.

Era un criado de Mlle. Brian que venía á decirla que el príncipe Lodiski la esperaba en el piso bajo.

La modista entonces dirigiéndose á Bernardo, le dijo en voz baja:

– No os separéis de él. Voy á ver al príncipe y á mandar que avisen al médico.

X

El príncipe Lodiski sufrió un rudo golpe al saber la causa del triste estado en que veía á su hija. Su orgullo se resistía á transigir con aquellos obscuros amores, y vaciló mucho antes de adoptar una resolución. Pero adoraba en Elena, la cual habíale impuesto su omnímoda voluntad de niña mimada; conocía el tenaz carácter de ésta y se asustó ante las consecuencias de una pasión contrariada.

Así, pues, se explica perfectamente su presencia en casa de la modista. Quería ganar tiempo, acceder al deseo de su hija respecto á Marcial, lisonjeándose de que el tiempo y sus reflexiones haríanla comprender la inconveniencia de sus amores.

Mlle. Brian bajó á la sala de recibo, en donde esperaba el príncipe resignado á ver á Marcial, con pretexto de que éste diera lección de inglés á Elena; y cuando la modista le participó el estado de su huésped, se alarmó por causa de su hija.

Momentos después presentóse el médico de mademosille Brian. Había éste curado á Marcial en su pasada dolencia, y experimentaba hacia él la más viva simpatía.

– Delira con riquezas, dijo el médico enterado por la modista. Cree poseer tesoros: la ciencia ha clasificado esta faz de la demencia con el nombre de *monomanía del orgullo*; pero aunque los síntomas parecen claros, antes de ver al paciente convendría saber, ó por lo menos deducir, las causas predisponentes; esto es, el origen más probable de su enajenación mental.

Mlle. Brian entonces, con asentimiento del príncipe, le hizo una relación circunstanciada del amor de Marcial hacia la princesa.

El médico reflexionó algunos momentos y luego dijo:

– He hecho la observación de que en la demencia, especialmente al principio de la afección, se obtienen resultados maravillosos por medio de las grandes emociones, y si por mí fuera pondría en práctica uno.

– ¿Cuál?, preguntaron á la vez el príncipe y mademoiselle Brian.

– La vista del objeto amado.

– ¿Ver á mi hija?

– Sí, señor. Yo creo que en la locura, aunque no aparentemente, muchas veces hay lesiones orgánicas á las que conviene acudir con la mayor prontitud posible, sobre todo si la locura es momentánea y pasajera, pues por este medio se evita tal vez que se haga *crónica*, si me es permitida esta palabra.

– Por mi parte, dijo el príncipe, no hallo inconveniente en que ese joven vea á mi hija: ella le espera y yo he venido con ese objeto.

– Siendo así, repuso el médico, ahora mismo si es posible: yo le acompañaré.

– Me temo, observó la modista, que Mr. Marcial no consienta.

– Trataremos de conseguirlo: ese joven me aprecia. Ahora veámosle.

Mlle. Brian y el médico subieron á la habitación de Marcial, á quien hallaron sentado tranquilamente junto á la chimenea, absorto, al parecer, en honda meditación.

Conoció á ambos, hizo que Bernardo acercase sillas y dió la mano al médico.

– He venido, dijo éste, á ver cómo estabais. Desde que entrasteis en convalecencia no he tenido el gusto de veros.

– Me hallo muy bien; mil gracias, contestó Marcial.

– Yo no sé qué he oído decir respecto á vos, repuso el médico. Creo que tratáis de volver á España.

– Por ahora no.

– Es que no sé de dónde he sacado yo que habíais heredado.

Marcial hizo un brusco movimiento, y luego con acento de infantil disimulo, dijo:

– No, nada, amigo doctor; estoy tan pobre como siempre, y no sé por qué he de haber variado. No tengo á nadie á quien heredar, y si entrasen aquí ladrones con objeto de robarme, buen chasco se llevarían.

Y al decir estas palabras miraba con inquietud hacia la puerta de su alcoba.

– Allí pretende tener los billetes de banco, dijo la modista en voz baja.

– Ya comprendo, contestó el doctor; y después, dirigiéndose á Marcial, repuso:

– Mr. Marcial, venía á pediros un favor.

– Cuantos queráis, amigo mío. No olvido que tal vez os debo la vida.

– ¿Tenéis la bondad de servir de intérprete entre una enferma y yo? Ella no sabe ni una palabra rusa, y como es una afección grave, necesito conocer los antecedentes.



Marcial Bernáldez de Toledo

– Repito que estoy á vuestra disposición.

– ¿Tenéis alguna ocupación por el momento?

– Absolutamente ninguna.

– En ese caso, la casa de mi enferma está cerca, tengo mi coche á la puerta, y si fueseis tan amable...

– Ahora mismo, doctor. ¡Bernardo!, mi paletó y mi sombrero.

– Avisad al príncipe, dijo por lo bajo el médico á Mlle. Brian. Decidle que prevenga á su hija y que nos espere.

XI

Un cuarto de hora después Marcial y el médico se apeaban de su carruaje al pie de la escalera del palacio Lodiski.

El joven no conoció el sitio: había estado allí una sola vez, y en tal estado de agitación, que no le permitió fijarse en nada.

Eran las siete de la noche. Grandes candelabros de cuatro bujías cada uno alumbraban el peristilo y la escalera.

Un portero de librea hallábase al pie de ésta, así como también el mayordomo del príncipe, que precedió á los recién llegados.

Marcial, no obstante su abstracción, no pudo menos de sorprenderse de aquel aristocrático lujo.

Atravesaron varias salas, todas brillantemente alumbradas.

Alzó el mayordomo el doble tapiz que cubría una puerta, y Marcial y el médico penetraron en un saloncito, de cuyos lienzos de pared colgaban grandes tapices moscovitas y que estaba alfombrado de peludo cuero de Caffa.

A uno y otro extremo, en el mismo lado en que se hallaba la puerta, había dos grandes chimeneas encendidas, sobre cuyos mármoles, cubiertos también de cuero, y en dos colosales candelabros ardían varias bujías, velada su luz por pantallas.

Entre las dos cerradas ventanas del salón veíase un reloj de malaquita con esfera dorada.

Al lado de una de las chimeneas, casi tendida en una butaca y puestos los pies en una banqueta, hallábase Elena con la cabeza apoyada en la palma de la mano.

El príncipe Lodiski, en pie, vuelto de espaldas á la chimenea, miraba á veces á su hija y á veces hacia la puerta del salón.

Cuando se presentaron Marcial y el médico, el príncipe se adelantó á recibirlos. Iba á hablar; pero á una seña del segundo, el cual ya había visto á la princesa, se apartó, dirigiéndose hacia la chimenea.

Marcial no conoció al príncipe, ni en los primeros momentos reparó en Elena.

– Amigo mío, le dijo el médico, allí está mi enferma. Tened la bondad de aproximaros.

Y se adelantó seguido de Marcial.

Éste entonces vió á Elena, pero sin conocerla, á causa de la tenue luz que se escapaba á través de las pantallas.

La princesa, aunque esperaba la venida de Marcial, al verle no pudo reprimir un movimiento nervioso que la hizo ponerse en pie y luego volver á caer en la butaca.

Marcial acercóse á ella y la conoció...

Hay una balada alemana en la que un saboyanito errante se encuentra con el ángel de la montaña por donde atraviesa, y cruzando las manos se queda en éxtasis. Esto mismo sucedió al pobre joven, que ante aquella inesperada aparición reconcentró las confusas ideas que bullían en su mente en una sola: en la contemplación de aquella criatura tan amada.

Lo olvidó todo, hasta el sitio en que se hallaba; é inmóvil, aturdido, con el pecho levantado por la emoción, con los labios entreabiertos, permaneció en este estado durante algunos minutos.

La princesa, no menos conmovida, tenía los ojos fijos en el suelo.

XII

De pronto los alzó para mirar á Marcial, el cual, moviéndose como un cadáver galvanizado al sentir el dulce relámpago de aquella mirada, fijó los suyos en todas partes como el que despierta de un sueño; llevóse ambas manos á la frente con un rápido movimiento, y dirigiéndose al médico, que estaba á su lado y le observaba, dijo:

– ¿Qué es esto? ¿Cómo me hallo en este sitio?

Porque el pobre joven en aquel momento había recobrado la razón. El efluvio amoroso desprendido de los ojos de Elena desvaneció las sombras de su mente, que salió como de un limbo obscuro.

La princesa lloraba. El médico sonreía con satisfacción, observando con la perspicaz mirada de la ciencia el semblante de Marcial.

– Amigo mío, dijo á éste, os halláis en este sitio porque el señor príncipe Lodiski, á quien os presento, desea que deis lecciones de inglés á su hija la princesa Elena.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

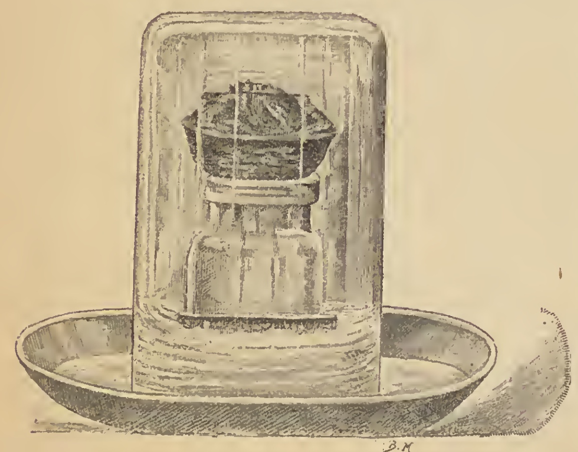
QUÍMICA RECREATIVA. – LOS CUATRO ELEMENTOS

En sentir de los antiguos, sólo existían cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego. Menos afirmativos los modernos, confiesan francamente que ignoran el número fijo de aquéllos: por de pronto conocen unos setenta y esperan descubrir algunos más, aunque bien pudiera suceder que el porvenir les reservara una nueva sorpresa demostrando que sólo existe uno.

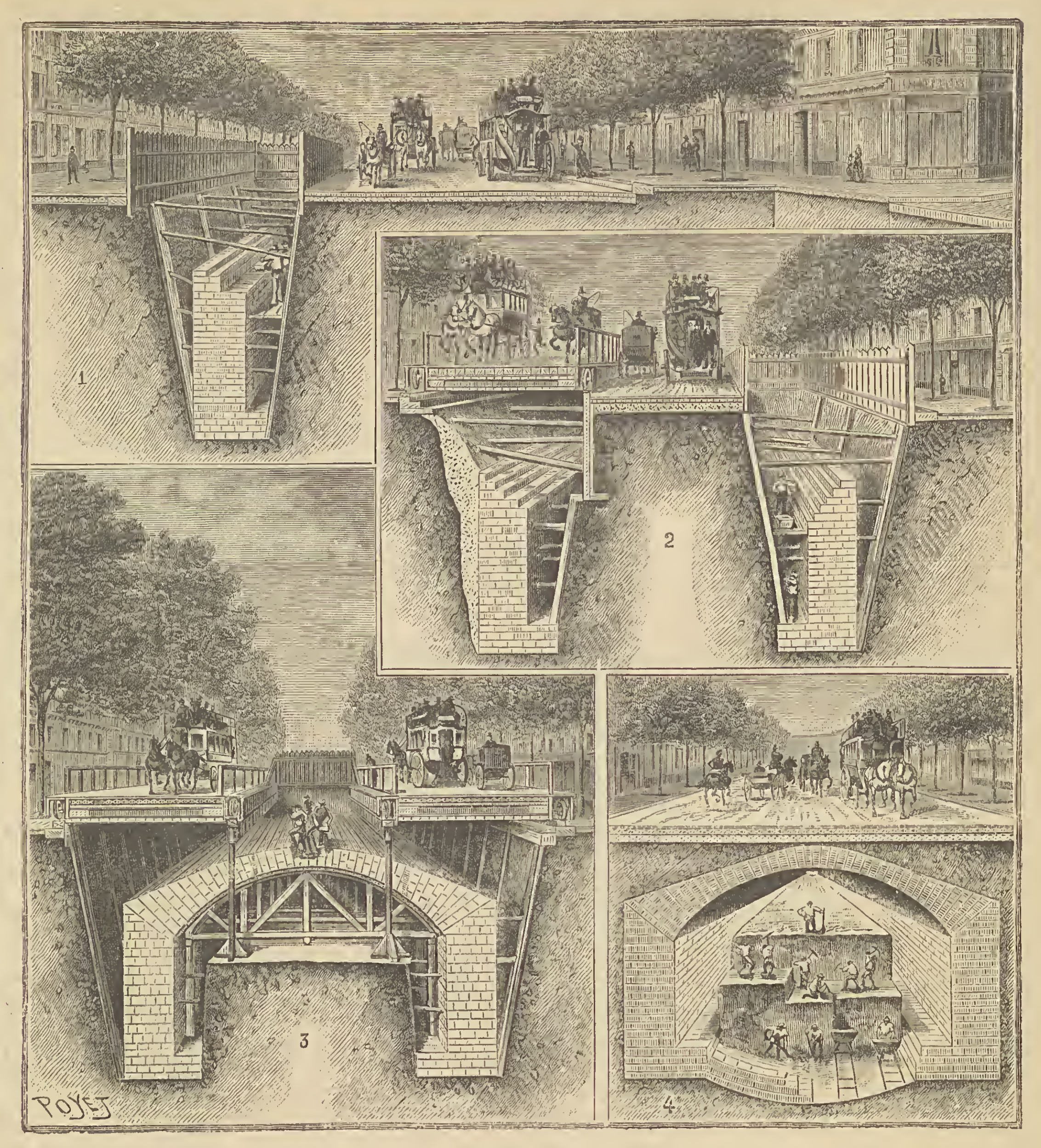
En vano buscaríamos entre los elementos de los modernos los cuatro por los antiguos indicados, amén de que la palabra tiene hoy día muy distinto significado: en la actualidad damos el nombre de elemento ó cuerpo simple á toda materia que no pueda ser descompuesta, es decir, simplificada; al paso que en la antigüedad los elementos eran más bien el símbolo de los diferentes estados en que se nos presenta la materia La *tierra* era el tipo de los cuerpos duros, resistentes, de potente cohesión, de los sólidos, en una palabra; el *agua* representaba los cuerpos líquidos; el *aire* los cuerpos gaseosos, acerca de cuya constitución apenas hace dos siglos que se tienen nociones claras; y finalmente, el *fuego* sintetizaba el calor y la llama, siendo para los sabios de aquellos tiempos una especie de cuarto estado de la materia, más sutil, más fluido que el aire, pero á pesar de ello materia.

EL FUEGO. – Para dar una idea de las teorías que acerca del fuego predominaban hace apenas un siglo, permítaseme citar un pasaje de un librito que con el título de *Erasto ó el amigo de la juventud* se imprimió en 1785. En él y bajo la forma de sencillas conversaciones, un profesor enseña á dos niños los elementos de las ciencias y, entre otras cosas, les dice: «El fuego es un cuerpo, puesto que ocupa un espacio, que se dirige en todos sentidos y que al desarrollarse se mueve. La reflexión de este fluido producida por los espejos ustorios es una prueba de su solidez. Por último, es pesado, ya que cuando se une en gran cantidad á los cuerpos y con ellos se alía aumenta el peso de los mismos, aunque, á decir verdad, este aumento de peso puede proceder también de las partículas elementales del fuego que con él penetran en los poros del cuerpo.» Después de haber emitido algunas ideas exactas acerca de la fusión de los cuerpos bajo la acción del fuego, añade: «Cuando los cuerpos se han fundido, sus partes más sutiles, tales como las acuosas y oleaginosas, se volatilizan, y al disiparse en la atmósfera producen esos vapores que se llaman exhalaciones. Esas pérdidas al evaporarse llévanse consigo un poco de materia ígnea y forman otra especie de fluido sensible y elástico que conocemos con el nombre de *humo*. Una vez reunidas las moléculas de este último fluido constituyen una masa ligera y rara que se denomina hollín. Pero cuando estas partes se vuelven más volátiles y se elevan con mayor abundancia llevándose mayor cantidad de partículas ígneas, forman lo que se designa con el nombre de *llama*, la cual tiene una atmósfera compuesta especialmente de las partes acuosas que arroja de su seno y que se elevan en humo, etc.»

Lavoisier, á pesar de su gran genio no pudo sustraerse á la idea de que el fuego era material, así es que en el primer lugar de los cuerpos simples coloca el *calórico;* y sin embargo él, que de modo tan magistral había determinado la composición del aire y que había destruído la teoría flogística, sabía perfectamente que cuando se calienta en el aire durante largo tiempo estaño ó mercurio, el aumento de peso que se observa no proviene «de las partículas elementales del fuego que con él penetran en los poros de esos cuerpos,» sino de uno de los elementos del aire que vienen á fijarse sobre el metal.



LOS CUATRO ELEMENTOS. – Análisis del aire



LA RED METROPOLITANA DE PARÍS

Figs. 1 á 4. Uno de los procedimientos proyectados para la ejecución del Metropolitano de París. – Fig. 1. Construcción en excavación blindada de uno de los pies derechos. – Fig. 2 Construcción del segundo pie derecho. – Fig. 3. Construcción de la bóveda. – Fig. 4. Extracción de tierras y construcción del zampeado.

Hoy día, gracias á los trabajos acumulados por nuestros antecesores, vemos las cosas desde más alto y no confundimos en una misma definición, como el bueno de Erasto antes citado, el fuego y la llama, que conocemos suficientemente y cuya esencia no tiene para nosotros nada de misterioso. En cuanto al calor, causa de la llama, sabemos que, pudiendo ser producido por frotamiento, por acciones químicas, por la electricidad, es una forma particular de movimiento.

LA TIERRA. – Sabido ya qué ha venido á ser el fuego en las modernas teorías, veamos cuál ha sido la suerte de los otros tres elementos de los antiguos. La corteza terrestre está formada por los innumerables compuestos producidos por la unión de los setenta cuerpos simples actualmente conocidos. Por lo que hace al aire y al agua, su estudio nos detendrá más tiempo y nos permitirá adquirir nuestros primeros conocimientos de química.

EL AIRE. – Comencemos por un experimento, pues nada hay como la experiencia para equilibrar las ideas. Si desde la antigüedad ó durante la Edad media se hubiese puesto en práctica este precepto, no hubiera sido necesario el transcurso de tantos siglos para llegar al conocimiento de una porción de verdades que hoy nos parecen más claras que la luz.

Tómese una salvilla algo honda y llénesela de agua: colóquese en el centro de la misma una botellita con agua también para que aumentando así su peso toque el fondo de aquélla, y sobre esa botella póngase la mitad de una cáscara de nuez llena de una mezcla de limaduras de hierro y de flor de azufre en pesos iguales. El armatoste así formado (véase el grabado) no debe ser muy alto, porque hay que cubrirlo con un vaso, puesto boca abajo, que aprisiona cierto volumen de aire bastante para el buen resultado del experimento. Si al día siguiente se mira el vaso, se verá que el agua habrá subido en él lentamente, pudiendo seguirse con tirillas de papel de goma los progresos de la ascensión: á los cuatro días, poco más ó menos, el nivel de aquélla se habrá estacionado, y entonces con otra tirilla se marcará la línea alcanzada, pudiéndose apreciar, por medio de un aforo poco complicado, que el agua ocupa la quinta parte del volumen que antes llenaba el aire.

El experimento resulta un poco largo, pero no podemos quejarnos de esta lentitud, puesto que así obtenemos la composición del aire cuyo análisis habremos hecho. Lavoisier para llegar al mismo resultado hubo de calentar mercurio durante doce días.

Interpretemos ahora los hechos á nuestra vista ocurridos. El aire que permanece en el vaso ¿ha conservado todas sus propiedades? ¿es aire todavía? ¿viviría en él un animal? ¿hallaría en él una llama alimento necesario para su combustión?

Para asegurarnos de ello pongamos agua en un lebrillo, coloquemos en éste la salvilla con todo el armatoste que sostiene y quitemos luego la salvilla, con lo que la botella y la cáscara de nuez caerán en el agua, quedando en nuestras manos el vaso cuya abertura no deberá haber salido un solo instante del nivel del líquido. Transvasemos el gas en él contenido á otro vaso más pequeño, para lo cual sumergiremos éste lleno de agua y por la parte del orificio en el agua del lebrillo, y hundiremos el grande inclinándolo debajo del otro de modo que sus aberturas estén frente á frente: si entonces inclinamos el vaso que contiene el residuo del aire sometido al experimento, se desprenderán de él burbujas que pronto llenarán el vaso pequeño. Y si introducimos en ese gas una bujía encendida ó un insecto, aquélla se apagará inmediatamente y éste no tardará en morir.

De modo que el aire, no sólo ha disminuído de volumen, sino que, además, se ha modificado perdiendo uno de sus principios, el mejor de todos, el que mantiene la combustión; este principio, eminentemente activo, ha sido absorbido por la mezcla de limaduras de hierro y de flor de azufre, y también lo hubiera sido por aquéllas solas, pero se hubiera necesitado el transcurso de algunas semanas.

A este principio activo, que constituye la quinta

parte del aire que respiramos, le dió Lavoisier el nombre de *oxígeno*, denominando *ázoe* al que, como esta palabra indica, no sostiene la vida. De suerte que el aire es una mezcla de dos gases en proporción de un volumen de oxígeno por cuatro de ázoe.

Confirmemos este resultado por un experimento más rápido, pero menos preciso. Tomemos un plato sopero lleno de agua y pongamos en el centro una piedra, un plomo, un objeto cualquiera que sobresalga de la superficie del líquido y encima de él algunas cabezas de fósforos de madera cortados lo más cerca posible de su extremidad roja formada por una pasta fosfórica. Encendamos estas cabezas y tapémoslo todo con el vaso que nos ha servido para el anterior experimento, apretándolo de modo que sus bordes toquen al fondo del plato. El fósforo arde un instante, pero pronto una espesa y blanca humareda nos oculta la combustión: el aire intensamente calentado se dilata y del vaso se escapan algunas burbujas; el humo desaparece poco á poco y el agua sube lentamente por el vaso que ya no es preciso apretar, y al cabo de un cuarto de hora veremos que el agua ocupa aproximadamente la quinta parte del volumen del vaso: el gas que queda es ázoe, y de ello podemos asegurarnos fácilmente; en cuanto al oxígeno, se ha unido al fósforo, al azufre y á la madera de los fósforos para producir gases que en gran parte se han disuelto en el agua.

EL AGUA. – El agua tampoco es cuerpo simple,

pudiendo ser aislados con facilidad los cuerpos que la componen. Sumerjamos en un vaso con agua los dos hilos conductores fijados en los polos de una pila en actividad; añadamos á esta agua la décima parte de su volumen de ácido sulfúrico, y arrollemos al extremo de los hilos de cobre dos pequeños hilos de platino, de dos ó tres centímetros de largo, que se alcen verticalmente en el fondo del vaso y que cubriremos con dos tubitos de ensayos, llenos también de agua acidulada. El aparato así formado es un *voltámetro* que, aunque un tanto primitivo, puede servirnos para nuestro objeto.

De los hilos de platino se desprenden burbujitas gaseosas que suben al extremo superior de cada tubo, uno de los cuales (el que cubre el hilo que comunica con el metal de la pila) contiene muy pronto un volumen gaseoso doble que el otro: si tomamos aquél y volviéndolo con el pulgar lo acercamos á una luz, arde con llama poco brillante y ligeramente amarilla en los bordes; este gas es el hidrógeno. En cuanto al contenido en el otro tubo, no arde; pero si se introduce en él un fósforo casi apagado, con un solo punto incandescente, éste se aviva y adquiere gran intensidad. Este gas, que mantiene tan vivamente la combustión, es el que ha desaparecido en los dos experimentos sobre la composición del aire: el oxígeno.

Esta descomposición del agua por la electricidad nos demuestra que aquélla está formada por una combinación de dos volúmenes de hidrógeno por uno de oxígeno, resultado que en otra ocasión podremos comprobar. Por ahora nos basta con haber probado que de los cuatro elementos de los antiguos ninguno responde á nuestra definición de los cuerpos simples. Este primer estudio nos ha permitido, además, trabar conocimiento con tres cuerpos gaseosos: el oxígeno, el hidrógeno y el ázoe, que son de capital importancia en química y de los cuales nos ocuparemos en otros artículos.

F. Faideau

(De *La Science Illustrée*)



LA ESTATUA DE LUIS I DE BAVIERA EN LA WALHALLA

LA RED METROPOLITANA DE PARÍS

Este importante proyecto, sometido actualmente á la aprobación de los poderes públicos de Francia, responde perfectamente á las cuatro siguientes condiciones primordiales que una red de ferrocarriles de esta índole ha de reunir en la capital francesa: 1.°, transportar los viajeros según las direcciones generales de la circulación (una paralela y otra perpendicular al Sena); 2.°, poner en comunicación la periferia con el centro de la ciudad; 3.°, poner en comunicación entre sí á las estaciones de término; y 4.°, hacer el servicio de los mercados centrales.

La configuración del suelo de París obliga á utilizar alternativamente el subterráneo y el viaducto para las vías que constituyen la red metropolitana, debiendo procurarse prodigar lo menos posible el viaducto á fin de no destruir las perspectivas más pintorescas y de no afear las hermosas plazas y calles de la capital.

La tracción por estas vías se hará por medio de trenes ligeros arrastrados por dos máquinas potentes con gran provisión de agua y condensadores para evitar el humo, con una velocidad de 14 á 15 kilómetros por hora; la ventilación se obtendrá por medio de aberturas cerradas con válvulas equilibradas que abrirá el vapor expulsado por la chimenea.

Entre los procedimientos que se adoptarán en la construcción, figura el que reproduce nuestro grabado, y que consiste en construir sucesivamente los pies derechos en excavación blindada y luego la bóveda en toda su longitud, quitando después la cimbra (fig. 3) y procediendo por fin á quitar las tierras que quedaron entre los muros, como lo indica la figura 4. Este procedimiento permite conservar la circulación de los dos tercios de la calle.

En este proyecto todo está calculado para que tanto la rectificación del alcantarillado como las demás canalizaciones subterráneas que habrá que modificar se verifiquen en perfectas condiciones.

Todo ello hace esperar que el gobierno francés otorgará la concesión solicitada y que pronto tendrá París un medio de transporte de que tan necesitada se halla.

Imp. de Montaner y Simón